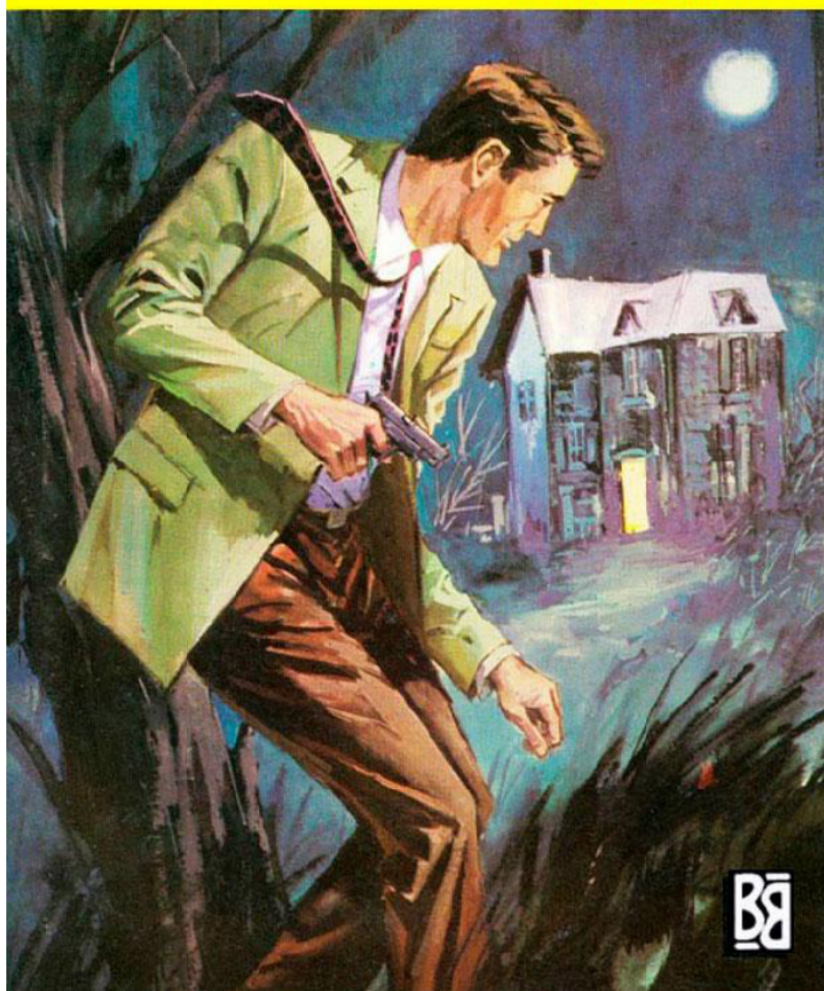


PUNTO
ROJO

SUBCONSCIENTE

frank caudett



B&B

COLECCION

PUNTO ROJO



FRANK CAUDETT

SUBCONSCIENTE

Colección **PUNTO ROJO** n.º 323

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Dépósito legal: B 19.613 - 1968

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: julio, 1968

© FRANK CAUDET - 1968
sobre la parte literaria

© MIGUEL GARCIA - 1968
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1968

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección PUNTO ROJO:

321. —Primera antología del asesinato.

En Colección SERVICIO SECRETO:

928. —Bajo la sombra del ciprés.

En Colección CALIFORNIA:

611. —Sed.

En Colección KANSAS:

524. —Oklahoma.

En Colección BUFALO:

762. —«Tranquilo».

En Colección COLORADO:

555. —Una sola razón: ¡plomo!

En Colección BISONTE:

1.056. —Justicia en Monterrey.

En Colección BRAVO OESTE:

389. —Vamos... ¡dispara! ¿Qué esperas?

En Colección SALVAJE TEXAS:

633. —La danza del cáñamo.

En Colección ENVIADO SECRETO:

29. —Alkimia.

INTRODUCCIÓN AL HORROR

Tenue luz... sí.

Muy tenue.

La de los candelabros situados en ambos extremos de la pesada y ovoidal mesa de caoba, geométricamente equidistantes, que rasgaban la oscuridad en borrón difuso, amarillento, proyectándose como impactos de penumbra sobre la pulida y brillante superficie.

Reverberando en aquélla, sesgadas esqurilas de infernal y fugaz luminosidad.

Algo así como sombras de pequeños fantasmas, inquietos, grotescamente inquietos, que vagaban por encima de la mesa con el desconcierto de almas perdidas en un íntimo purgatorio.

Sombras... sí.

Que, según oscilaran las débiles llamas, llegaban a difuminarse por el alto techo, abovedado, oscuro y compacto como una masa de condensadas tinieblas, produciendo cóncavas imágenes de diabólica naturaleza.

Los dos protagonistas, y yo, de aquella singular e insólita escena, habíamos contenido la respiración. Igual que si presintiéramos que un simple hálito de vida un soplo del aliento que mecía agitadamente nuestros pechos... pudiera desencadenar, con toda su magnitud, la espectral tragedia intuida.

¡Terrible y angustiosa magnitud...!

Me fijé en él... en lord Reginald Matheson. Y me resultó imposible, superior a mis fuerzas, dominar el estremecimiento. Su rostro habíase mutado radicalmente, transfigurado por obra y gracia de una satánica metamorfosis. Sus facciones se hallaban crispadas en el seno de un rictus dantesco.

El fondo de sus ojos azules, celestes de tan azules, adquirió el resplandor de dos ascuas gestadas en infernal reducto.

Le vi alzarse de la mesa, rodearla levemente, avanzar hacia

ella... hacia la mujer.

Apretando los puños con tal fuerza que los nudillos le blanqueaban.

Sus labios, albos, casi incoloros, formaban una línea recta, prieta, de cruel trazado.

Y de repente, se distendieron. Separáronse lenta, remisamente, para dejar paso a la carcajada gutural, sardónica, enervante, que con eco de siniestros matices engendró su garganta de cuerdas dilatadas, estridentes.

Y siguió riendo... como un poseso. Al tiempo que su cuerpo se contorsionaba una y otra vez al impacto de epilépticos latigazos.

Tuve la certeza de que aquel hombre se estaba convirtiendo en un complejo infrahumano, en un ser ajeno a sí mismo, animado por la obsesión de una antigua idea, vieja idea, dormida en su subconsciente, que le conducía paso a paso, segundo a segundo, al encuentro de un destino fatal e inexorable.

Pero yo... ¡Estaba allí precisamente para evitarlo!

Detuvo su lento, pesado avance, a unas tres yardas, cuatro a lo sumo, del lugar donde se encontraba la mujer.

Mirándola de forma estremecedora, penetrante, fija...

Tan fija que ella, lo mismo que el indefenso pajarillo que cae bajo el fluido hipnótico de la serpiente que va a devorarlo, permanecía inmóvil, hierática, inánime... ¡incapaz de sustraerse al mortal hechizo!

La carcajada.

¡Volvió a estallar la carcajada!

Y yo noté que mi frente transpiraba una grasa fría, glacial como un iceberg. Que los ecos de aquella carcajada se convertían en sierras de alucinante dentado... segando mis nervios tensos cual cuerdas de violín sangriento.

Su voz.

Oí su voz ronca...

Musitando, mientras sus ojos azules parecían perderse, vagar por un abismo de apariciones caóticas, aquellas frases vacías y llenas al mismo tiempo de una inflexión ominosa, letal:

—No, no lo he soñado, Sandra. Yo... ¡te veía! Te estaba viendo. Bajo el blanco camisón translúcido, tus formas mórbidas se recortaban para cruel tortura de mi mente. Y él, también te veía,

también te miraba. Como hipnotizado. Tú... seguías moviéndote despacio, con languidez. De repente, todo tu cuerpo se contorsionó en un espasmo vibrátil, frenético. Fue algo así como una sacudida epiléptica llena de incitación. Él se acercó a ti... Sus manos aferraron tus hombros tersos y, bruscamente, te besó... besó... ¡besó! Y yo lo vi... ¡Yo vi cómo te besaba! ¡No podía dejarlo... no podía!

Enmudeció.

Y entonces, girando la cabeza muy despacio, clavó en mí sus ojos diabólicos, llameantes, inyectados de sangre... como si me viera por primera vez.

Sus manos se agarrotaron.

Y gritó:

—¡Eras tú... eras tú... tú!

Al instante, convertido su rostro en una masa informe, satánica, espectral, salió de su inmovilidad revolviéndose como una fiera enjaulada en busca de libertad.

Justamente a su espalda se encontraba la monumental panoplia sosteniendo armas antiguas, arcaicas.

Y el hacha.

El enorme hacha.

A partir de aquel momento todo pareció suceder en fracciones infinitesimales de segundo.

La diestra de lord Reginald Matheson se engarfió alrededor del mango, tirando de él violentamente. Le vi blandir el hacha. Grande. Monumental. De filo azulado y agudo al que los débiles rayos de luz arrancaron chispazos brillantes, cegadores, que chocaban contra mi frente como siniestras candilejas suspendidas dentro de ella.

Como un loco, enardecido, lo mismo que una bestia sádica regocijándose paradisíacamente en la sangre fresca que su instinto percibía, se vino hacia mí, de frente, empuñando el hacha.

Fue un avance fulgurante, trágicamente inexorable.

Y yo, igual que la mujer pocos segundos antes, permanecía quieto, inmóvil... ¡inmóvil!

Creo que chillé. O lo supuse. Y aquel aullido agónico sonó en mis oídos como un rugido lacerante, febril, animal. Pero eso sucedió antes, mucho antes que el agudo filo del hacha se estrellase contra mi garganta.

Tuve la duda de si aquel ruido macabro que repiqueteaba dentro de mi cerebro era el eco atroz del grito o bien el gorgoteo de la sangre, manando tumultuosamente del infernal boquete, del horrendo agujero donde el filo acerado se hundía una y otra vez con bestial complacencia, con desesperado sadismo... rasgando la carne, las vértebras, convirtiendo mi cuello en un despojo de cartílagos y carne machacada, triturada.

—¡¡Eras tú... eras tú... eras tú... eras tú...!!

No.

Lo comprendí al escuchar sus bramidos.

Era entonces cuando el hacha, disparado hacia adelante el grueso mango de tosca madera, venía a mi encuentro con toda la plenitud siniestra de su mortal partitura.

Di un salto atrás.

Tropecé contra la pared y eso dificultó el movimiento que había iniciado con el brazo diestro. No obstante, dispuse de las fracciones de segundo necesarias para extraer la automática que llevaba en la funda axilar.

Disparé.

Disparé dos...

Tres veces.

Viendo a lord Reginald Matheson detenerse en seco, estremecerse luego, mirarme después con una expresión absurda, estúpida.

El mango del hacha fue resbalando por entre sus dedos sin fuerza y cayó al suelo rebotando con macabro tintineo que, como salmódico tañido de una campana funeral, esparció de un extremo a otro de la lóbrega estancia un eco atronador.

Aún doblándose, apretadas las manos sobre los orificios que por tres veces las balas habían abierto en su abdomen, siguió mirándome larga, vacía, aturdidamente. Negándose a admitir la evidencia trágica de que su cadáver ocupara el sitio del mío.

Luego, al fin, se desplomó. De bruces. En tierra.

Cruzado su cuerpo rígido, enhiesto, sobre el hacha que instantes atrás esgrimiera con morbosos deleites.

Yo, aturdido, lejos de allí, del mundo, de mí mismo, aparté los ojos del cadáver lanzándolos hacia un infinito que se convirtió en algo cercano, tangible, palpable.

Algo que no supe determinar con exactitud hasta que mis estrábicas pupilas tropezaron con las de ella, las de Sandra. Terriblemente quieta al otro extremo de la pesada mesa de caoba... terriblemente sonriente.

Ella... ¡sonreía!

A mí.

Me sonreía a mí de manera agradecida, como si se sintiera muy feliz por el peso, la amenaza que yo acababa de quitarle de encima... Me sonreía, incitante ahora, como si dijera que iba a recompensarme muy dulcemente, hasta el superlativo del éxtasis, por lo mucho que había hecho por ella.

Salió de la mesa, con estudiada lentitud, recortando su cuerpo esbelto, grácil, cimbrenño, de túrgidos y voluptuosos atractivos, en un contoneo febril que dilató las venas de mi garganta.

De la garganta que estuviera segundos antes a merced del filo agudo e hiriente del siniestro acero.

Cuando quise darme cuenta, ya la tuve frente a mí. Y sus labios rojos, sensuales, gordezuelos, se convirtieron en un borrón de sangre que salpicaba mis extraviados ojos. Y las manos blancas, de largos dedos, tersos, culminando en puntiagudas y manicuradas uñas, subieron hasta mis hombros y se posaron sobre ellos.

La pistola seguía en mi diestra.

Pero debió caer al suelo impactando sordamente encima de un núcleo carnoso, de un cuerpo...

Ella, Sandra, dijo algo. Algo que no comprendí bien:

—Gracias... John. Estaba segura de que esto sucedería.

Noté el tibio contacto de sus dedos alrededor de mi nuca, percibiendo sensorialmente el estremecimiento que me produjo el cosquilleo...

Una mezcla heterogénea de mil distintas sensaciones.

—Bésame... Bésame, John.

¡No!

Era imposible. A nuestros pies, tendido de bruces, estaba el cuerpo sin vida de...

¡Lo vi...! Por encima de la dorada cabeza de Sandra, al fondo, en un ángulo de la estancia ocupado instantes, segundos antes, por una enorme y vieja armadura, rodeado de un núcleo de luz fosforescente... vi a lord Reginald Matheson; con su dantesca

expresión, empuñando el hacha.

Grité. Estoy seguro de que grité con toda la potencia de mis pulmones, con desesperación. Y volví a gritar, apartando a Sandra de mi lado Violentamente.

Sólo un segundo, quizá menos, aparté mis ojos desorbitados de la mefistofélica aparición. Y cuando volví a dirigirlos hacia el ángulo de donde había surgido... me tropecé con una enorme y vieja armadura.

Porque él cadáver de lord Reginald Matheson seguía estando a mis pies, de bruces, caído encima del hacha.

Sandra... ella me miraba. Y seguía sonriendo. Más incitante que nunca. Ofreciendo mucho en su silenciosa y sonrisa.

Quise apartar de mi mente todo cuanto me rodeaba en aquel momento, traté desesperadamente de pensar... de pensar en cómo y cuándo había empezado aquella atrozcinante pesadilla.

Pensar...

CAPÍTULO PRIMERO

Había conocido a Bernard Anslinger dos años atrás.

Precisamente en los inicios del fulgurante ocaso que me condujo a la inactividad, después de haber sido uno de los hombres más brillantes de Scotland Yard, la excepción, el más joven cas los *surintendents* del Cuerpo... el *surintendent* John Grantley, de veintiocho años de edad.

Sí, una auténtica excepción.

Pero fracasé una vez y no quise fracasar dos.

En mí el concepto del deber habíase convertido en un santuario sobre el cual adoraba mi profesión como algo muy sagrado. Algo que exigía entrega total y absoluta. Que, al menos así lo consideraba yo, no admitía fallos ni errores.

Cuando conocí a Bernard Anslinger, todavía era el *surintendent* Grantley. Anslinger se había doctorado en siquiatría recientemente. Su carácter distaba mucho de atender a esa flema británica con cielo brumoso de que estamos aureolados los ingleses en todas las partes del mundo. Era un muchacho joven, de edad pareja a la mía, activo, dinámico, excesivamente influenciado por las teorías asimiladas durante varios años de estudio, que demostraba una enorme ilusión, unos deseos arrolladores de convencer y constatar que con sus teorías podía cambiar y revolucionar el complejo y misterioso mundo de la mente humana.

Sentados en mi despacho del Quai Victoria, barrio de Whiteall, dentro del inmueble alzado por Scotland Yard en 1940, escuché por espacio de varios minutos la conversación vehemente, amena, fluida, matizada del joven doctor en siquiatría Bernard Anslinger.

Confieso que me convenció. Admití sus explicaciones e hipótesis científicas, permitiendo que Stephen McWilliams, convicto del asesinato de su esposa por estrangulamiento, recluido para su observación en el conocido Psychiatric London Center,

permaneciese en el establecimiento por un nuevo período de seis meses ya que, Anslinger estaba completamente seguro de que McWilliams había cometido el homicidio víctima de un acceso de trastorno mental transitorio, cuyas causas había que encontrarlas en un engrama suelto de su subconsciente, el cual podía engendrar fragmentos sicopáticos u obsesivos que degeneraran, como habían degenerado, en incontenibles impulsos homicidas.

Sí, me convenció.

Pero no llegué a saber si Anslinger estaba en lo cierto, porque pocos meses después sobrevino mi hecatombe, el ocaso que me convirtió en un pacífico e inactivo ciudadano londinense.

El dinero no constituía preocupación para mi subsistencia gracias a que los padres de mi padre habían decidido nombrarme único y universal heredero de sus muchas riquezas y patrimonios. Por tanto, decidí retirarme a la casa de Borough High Street, junto a las riberas del Támesis, dispuesto a vivir como un asceta, un misántropo, confortado con el recuerdo de momentos triunfales... ignorando que a mi edad y con mi fortuna podía convertirme en el más perseguido y admirado *gentleman* de la capital del Reino Unido.

Pero eso de los *beatnicks*, eso de la juventud, de mi juventud en realidad, no me había ido nunca.

Yo, entre aquella gente, estaba completamente desplazado.

Hundido en mis teorías y concepciones de la vida fue transcurriendo el tiempo. Dos años concretamente. Durante los cuales apenas si salía media hora al amanecer y otra media al anochecer, con el único propósito de evitar un anquilosamiento mental y físico. El resto del día lo pasaba en un magnífico y confortable despacho, leyendo, redactando algunos apuntes y, sobre todo, pensando.

Hasta que llegó aquella tarde en que la lluvia se había ensañado con las calles de Londres, amenazando en convertirlas en afluentes del Támesis, hecho que no obstaculizó el empeño de Bernard Anslinger quien, sin arredrarse frente a los elementos como tampoco se arredró un rey español al enviar su escuadra contra la nuestra, plantóse en la puerta de mi casa chorreando agua por todas las partes y poros de su cuerpo.

Percival, mi apercaminado y fiel servidor, que aun pareciendo

un mayordomo de novela de Agatha Christie era una excelente persona, se encargó, con su habitual diligencia, de proceder al secado de las húmedas prendas del visitante.

Y entre tanto, nosotros, lo mismo que dos años atrás, nos sentamos uno frente al otro, en un despacho que nada tenía que envidiarle al del Quai Victoria.

De veras me sentí satisfecho de volver a encontrarme con Anslinger, o de que él hubiese venido a mi encuentro que, al fin y al cabo, era lo mismo. Supuse que su presencia mitigaría durante unos minutos la monótona soledad de mi anodina existencia. Era... como renovar la arcaica savia añeja que circulaba por mis venas con demasiada lentitud.

Nos miramos en silencio unos segundos.

—Casi me atrevo a afirmar —le dije—, que su visita me ha emocionado.

Sonrió. Con amplitud. Con la franqueza que le caracterizaba. Con la noble expresión de sus facciones correctas, cordiales, de ondulados cabellos castaños, ojos de idéntica tonalidad, barbilla firme, decidida, y osamenta rellena con maneras atléticas.

—De haberlo sabido, *surintendent* Grantley...

—¡No, no, no...! —Alcé la palma de mi diestra—. Por favor, Anslinger. Hace mucho tiempo de eso. Llámeme Grantley... o John simplemente. Como dos amigos, como deben tratarse dos hombres de una misma edad.

—Bueno... —titubeó—, no me parecía correcto iniciar por mi cuenta esas familiaridades. Un hombre de Scotland Yard, por joven que sea, esté o no en activo, inspira un... ¿cómo le diría yo?, un...

—¡Vamos, vamos, doctor! Esos prejuicios no están nada bien en un siquiatra de teorías futuristas y revolucionarias. Pero... dígame, ¿a qué debo el placer de su visita? Le confieso... —Sonreí con aire cómico-misterioso— que estoy terriblemente intrigado.

—La sinceridad —repuso de inmediato—, siempre suele ser desagradable. ¿No lo cree usted así, Grantley? —Y agregé, antes de que yo respondiera—: Me gustaría poder decirle que he venido... pues a eso, a visitarle. Pero no sería cierto. Nos vimos en una ocasión y no dispusimos de tiempo para intimar; sin embargo, he guardado de usted una imagen fiel y concreta. La imagen de un hombre cuyo proceder está en desacuerdo con su edad; recto,

severo, conspicuo, que ama la ley y la verdad por encima de todo. Yo también soy un rendido idólatra de la verdad. Por eso, tengo que confesar implícitamente que he venido a su casa porque le necesito.

Al tiempo que abría los ojos un sonoro respingo huyó de mis labios.

—¡Necesitarme... usted! ¿A mí...? —exclamé interrogante, supongo que con expresión absurda.

El siquiatra volvió a sonreír abiertamente.

—Sí. Eso he dicho.

Fugazmente, el silencio campeó por la estancia. Hasta que Bernard Anslinger prosiguió:

—Ya sé que mis palabras le sorprenden, pero, como es lógico, tienen una razón de ser. He decidido enfrentarme a un difícil problema, el cual, sin su ayuda, no creo que pueda solucionar como es mi deseo. Soy un enamorado de mi profesión, como usted lo era de la suya, Grantley. Y quisiera poder entregarme a ella con fuerzas muy superiores a las mías propias.

—De acuerdo, doctor —le interrumpí con cierto nerviosismo—. Basta de prolegómenos. Puede ir directo a la cuestión sin temores de ninguna clase.

—¡Gracias! —exclamó—. Me hubiera pasado una hora dándole vueltas al asunto sin saber cómo enderezarlo. Si no breve, ya que ello es imposible, procuraré ser concreto.

Tras, un nuevo y fugaz lapso de silencio, en el que yo mantuve mis ojos fijos en su rostro simpático, Bernard Anslinger se decidió:

—Hace una semana recibí la visita de cierta dama llamada Sandra Matheson. Mujer exquisita, ya no sólo por su posición social y elegantes maneras, sino también por su inigualable belleza. Al principio, lo confieso, la confundí con una de esas muchachas modernas que buscan la panacea a unos problemas inexistentes que ellas califican de inquietudes, angustias, desesperaciones... y que no son otra cosa que exigencias nacidas de una falta de adaptación al medio ambiente en que se desenvuelven y en el que desean encontrar algo que ni ellas conocen. Me equivoqué. El problema de Sandra Matheson era muy distinto. Se había casado pocos meses atrás con un hombre de envidiable y privilegiada posición social que la aventajaba en algo más de treinta años. Ella, hasta entonces, estuvo actuando como figura estelar en el *show* de un club nocturno

de mucha nombradía, donde precisamente conoció a Reginald Matheson. Sandra... no estaba enamorada de él. No podía estarlo.

Hay factores psicológicos de acusado matiz físico, base y fundamento del amor, que una mujer nunca puede encontrar en un hombre del que la separan tres décadas. De todas formas, Matheson, insistiendo un día y otro, prometiéndole respeto, bienestar... y jurándole que ella sería la única heredera de su fortuna...

—Venció los pocos escrúpulos y prejuicios que Sandra albergaba con respecto a unir su vida a la de un hombre que podía ser su padre —completé yo, sonriendo. Y agregué—: Hoy en día, amigo Anslinger, por desgracia esos casos están a la orden del minuto.

—Sí, desde luego —admitió—. Pero Reginald Matheson no propuso a Sandra el matrimonio guiado por el lógico impulso de los sentidos que la hermosura de ella pudiesen excitar en un hombre de su edad. Estaba solo, odiaba la soledad... y no deseaba la compañía de otra persona que compartiera, además de sus años, sus gustos y criterios. Absurdo, sí. Apparentemente absurdo.

Matheson sólo pedía vivir... sentirse joven de un modo espiritual, teniendo a su lado una mujer joven. Y Sandra no era la primera que había aceptado a pies juntillas ser su esposa. Muchas se hubieran arrodillado ante lord Reginald, por conseguir ser aceptadas. Pero él, hombre de posición, heredero de un título que los Matheson se han legado durante varias generaciones, no podía conformarse por el hecho de anhelar una compañera, con la primera mujer que aceptase serlo.

Sandra, sin embargo, reunía la distinción y elegancia imprescindibles para ser la esposa de un lord.

Bueno... nada de anormal habría en todo esto, Grantley, de no ser porque a los pocos días de casados, Reginald Matheson decidió trasladarse con su joven esposa a un vetusto y arcaico castillo, que durante muchos años había permanecido abandonado, para instalarse ambos en él de un modo definitivo. A Sandra, por supuesto, le sorprendió tan brusca y extraña decisión. Pero muchísimo más sorprendente fue lo que sucedió la misma noche en que se trasladaron al castillo.

Bernard Anslinger se dio un respiro. Durante un par de minutos nos miramos en silencio. Yo, interiormente, me confesé que aquel relato, simple en apariencia, comenzaba a intrigarme.

—Aquella noche —prosiguió el siquiatra, rompiendo el escueto silencio—, apenas habían terminado de cenar, Sandra notó que algo muy raro le estaba sucediendo a su marido. Dice que vio transfigurarse su rostro oyéndole pronunciar, al mismo tiempo, una serie de frases incoherentes que no tenían la menor lógica. Su excitación fue creciendo, hasta el punto de que enardecido, como loco, mientras gritaba describiendo una imaginaria escena erótica entre ella y un hombre desconocido, arrancó un hacha de una panoplia cercana con evidente intención de destruirla con sádico salvajismo. Asegura que se detuvo en el mismo instante en que iba a descargar el brutal hachazo.

—¿Y ella... —pregunté con extrañeza— no hizo nada por defenderse?

Negó con la cabeza, rotundamente, el siquiatra.

—No, Grantley. No podía hacer nada por defenderse.

—¡Cómo...! ¿Que no podía hacer nada? ¿Por qué?

Bernard Anslinger, despacio, matizando cada sílaba, repuso con aire sentencioso:

—Porque Reginald Matheson la había sumido en un estado de suspensión animada por magnetismo.

—¿Quiere... quiere decir que la había hipnotizado?

—Exactamente. Y puedo asegurarle que Sandra Matheson no es una visionaria. Luego del reconocimiento practicado en ella puedo afirmar y demostrar con el fehaciente resultado de mis exámenes, el perfecto equilibrio mental de esa muchacha. Además, por otra parte, usted debe saberlo, el estado hipnótico de un ser humano, por influencia magnética de otro sobre sus órganos cerebrales, está probado y aceptado científicamente.

—Es... —murmuré pensativo—, en verdad, un caso extraño. Más no alcanzo a comprender en qué puedo yo serle útil.

Sonrió con aquélla su característica amplitud.

—Muy sencillo, Grantley. Se lo explicaré. Lord Reginald Matheson, en ningún momento, y menos en los de plena lucidez mental, accederá a ser visitado por un siquiatra. Yo, por supuesto, he hablado con él. Sandra me presentó como un primo lejano de la familia de su madre. Lord Reginald me atendió maravillosamente bien y se prestó a una conversación agradable, amena, tan normal y corriente como la entablada por dos personas que acaban de

conocerse. Incluso, me invitó a que los acompañara en la cena de aquella noche. Y la velada discurrió dentro de los cauces de la más estricta cordialidad.

Pero, como es lógico, yo estaba allí para intentar un somero estudio de la... digamos otra personalidad de lord Reginald Matheson. De su... subconsciente. Y aunque sea inmodesto y jactancioso por mi parte, confieso que me bastó profundizar lo elemental, lo que las circunstancias permitían, para obtener la certeza de que lord Reginald es el tipo de espécimen que en siquiatria definimos como obsesivo sexual. Más, en sus actos, hay un síntoma totalmente contradictorio. Lo lógico en estos casos, al menos en cuantos yo he tratado hasta el momento, es que el enfermo se manifieste con excitaciones eróticas que le hacen desear por encima de todo al animal de sexo contrario. Y se da el caso de que conducido por ese impulso febril, se convierte en un homicida, en un sádico. Pero sólo cuando se le niega o prohíbe el motivo de sus apetencias. La reacción de lord Reginald no tiene visos lógicos dentro de la ilógica que preside los actos de un enfermo mental. El imagina una escena apasionada entre su esposa y un ente desconocido, cuya trama argumenta a medida que crece su delirio y, fíjese bien, la carencia real de ese mismo ente fruto de su perturbada imaginación, es la causa que le excita y conduce a un desenlace sangriento. Por eso se dirige hacia ella, hacia la mujer, y se detiene cuando un engrama lúcido le demuestra que no es ella la víctima que él apetece.

—¿Y a qué atribuye usted ese fenómeno ilógico dentro de una lógica-ilógica? ¿Cuál es la causa de ese síntoma totalmente contradictorio? —pregunté, mordiéndome el labio inferior, absorbido mi pensamiento por los hechos que concurrían a tan extraña historia.

Los ojos castaños de aquel rostro franco y cordial me miraron con evidente simpatía.

—Lo atribuya, Grantley —me respondió con la seguridad y eficiencia que los profesionales suelen poner en sus respuestas—, a un solo y único factor: subconsciente. Que es, en su acepción científica y literal, aquello que no llega a ser consciente. Parte de lo olvidado que tiende a presentarse a la consciencia clara y puede influir en la conducta del ser humano. De una forma igualmente

técnica pero más concreta, puede definirse el subconsciente, como un estado inferior al consciente en el que, debido a lo poco intenso o duradero de las percepciones, no se da cuenta de ellas el sujeto. Resumiendo, es un conjunto de fenómenos síquicos por debajo del nivel que en el ser humano desarrolla la consciencia. Circunscribiéndonos al caso concreto de lord Reginald Matheson, opino que es víctima de una secuencia del pasado que grabó honda huella en su subconsciente. O sea, un hecho adverso al que, aparente, conscientemente se superó. Algo que el primer «yo» de Reginald Matheson cree haber olvidado y desterrado por completo de su mente y que, en realidad, lo conduce a esos estados anormales de ansiedad, a ese delirio de obsesividad sexual... que por extraño que parezca, busca consuelo en el morboso y sádico deleite del derramamiento de sangre.

»Además, por otra parte, se da la circunstancia incomprensible de que Reginald Matheson, en sus estados angustiosos y obsesivos, quizá por el tremendo esfuerzo a que somete sus células cerebrales, desarrolla unos poderes magnéticos a través de la mirada muy capaces de hipnotizar a quien fije la vista en sus ojos o, instintivamente, se sienta atraído por el brillo de ellos. Ahí... Grantley, es donde encaja usted. El punto donde su utilidad puede ser providencial. Necesito una persona de mi absoluta confianza y enteramente digna de crédito, para que conviva con los Matheson y me informe con exactitud de los hechos anormales que puedan suceder. Las explicaciones de Sandra, nacidas tras el relax de un estado hipnótico, pueden estar algo deformadas, pueden ajustarse o no a la realidad concreta. Es imprescindible que una tercera persona, ajena a las influencias magnéticas, me haga un relato fiel de esas crisis obsesivas que sufre temporalmente lord Reginald Matheson. Si tales crisis se presentaran de una forma periódica, yo mismo me encargaría de constatarlas, acudiendo al castillo los tres días anteriores y posteriores a aquél en que supusiera ha de sobrevenir la crisis... pero en los trastornos de la mente no existe por desgracia dicha periodicidad.

Enmudeció, permaneciendo a la espera de mi respuesta. Y yo, sin darme cuenta de que instintivamente otorgaba la aquiescencia de mi colaboración, pregunté:

—Pero... ¿cómo voy a introducirme en casa de los Matheson?

¿Qué explicación verosímil puedo argüir para justificar mi presencia?

Bernard Anslinger, sin poder ocultar su satisfacción, dio una sonora palmada sobre la mesa.

—Si usted acepta, Grantley, por ese lado no habrá problema. ¡Nada más sencillo...!

—¿De veras? —volví a inquirir, enarcando las cejas.

—¡Claro!... Sandra, *lady* Matheson, de acuerdo conmigo, publicará un anuncio en la columna de demandas del *Sunday Telegraph*, solicitando un mayordomo con experiencia, buenos informes, etc.

—Y yo —me golpeé el pecho— seré ese mayordomo. ¿No?

—Bien deducido —aplaudió satisfecho—. Los Matheson, en ese viejo castillo medieval, carecen de servidumbre. Usted será un excelente mayordomo. Por su exquisita educación y estupenda apariencia física, por su mundología y don de gentes. Además, será el mejor colaborador con que puede contar un médico siquiatra.

—¿Está seguro? —pregunté con matiz de velada ironía.

—¿Hubiera acudido a usted de no estarlo, Grantley? —Fue su pregunta respuesta llena de lógica. Agregando—: No obstante, yo, en mi papel de primo lejano de Sandra, les visitaré con cierta frecuencia. Si la casualidad produjera uno de esos trances obsesivos en mi presencia, me daría opción a establecer un diagnóstico mucho más concreto que el que he formado un tanto hipotéticamente. De todas formas, Grantley, tengo absoluta confianza en usted... y la seguridad de que su intervención en un caso extremo, evitará nefastas consecuencias. Mañana se publicará ese anuncio en el *Sunday Telegraph*. Yo mismo me encargaré de telefonar a Sandra, en saliendo de aquí, para que lo redacte. ¿De acuerdo, Grantley?

Me puse en pie.

—¡De acuerdo!

Y en mi exclamación se barajaron distintas emociones. La principal, que uno jamás puede sustraerse a una vocación arraigada. La inactividad despierta en el hombre unos fervientes deseos de regresar al presente... de revivir aquellos momentos en que ha sido y se ha sabido útil.

Bernard Anslinger, un extraordinario siquiatra lleno de teorías e ilusiones, con quien la vida me había cruzado dos años atrás, me

brindaba ahora en bandeja de plata la oportunidad de que yo viviera también mis ilusiones, de que otra vez fuese útil.

¡Cuánto habría estado deseando yo volver a ser útil!

La vetusta construcción, rodeada por la frondosidad de corpulentos arbustos, surgía solitaria, erguida, sombría y silenciosa, en mitad del inhóspito paraje. Recortándose como un enorme monstruo legendario, contra un cielo azul negro tachonado por millones de brillantes lucecitas.

Sin duda se debió a la sugestión, pero creí advertir que aquellas lucecitas lejanas me dirigían guiños grotescos.

Me fijé en el castillo, para zafarme a la inquietud que me invadía, pensando que había sido una auténtica joya del medioevo. Pero ahora tenía el tétrico aspecto de un decorado de película de terror, la espeluznante realidad de un pasaje arrancado de un relato de *sir* Arthur Conan Doyle.

Saliendo de Londres por la general de Bristol, había que desviarse tres millas más adelante por un estrecho camino comarcal que se iniciaba a la izquierda de la carretera, siguiendo su tortuoso y anárquico trazado hasta los aledaños del edificio, del que cualquier sistema rodado te dejaba a una cincuentena de yardas.

Giré la cabeza, atinando a descubrir en la lejanía los rojizos destellos de las luces de situación del taxi que acababa de llevarme hasta allí.

Luego ya, pisando firme, avanzando con seguridad, me dirigí al castillo que lord Reginald Matheson había heredado de sus nobles antepasados.

Me recibió él mismo. Hombre de mediana estatura, canos cabellos y ojos extraordinariamente azules, nervioso, al que podían cargarse sobre sus espaldas algo encorvadas cerca de sesenta años de existencia. Aunque, para su edad, se conservaba bastante ágil y dinámico.

—Vengo por lo del anuncio en que ustedes solicitan un mayordomo —me presenté, escueto.

Luego de mirarme de arriba abajo comentó:

—Pues me parece usted excesivamente joven para tener la experiencia necesaria... Pero no importa, ¿sabe? Mi esposa es quien ha de decidir. Aguarde unos instantes, que ella le atenderá

enseguida.

En efecto, unos minutos después conocí a Sandra Matheson. Quien, solícita, me hizo pasar al lóbrego vestíbulo. Y, tras asegurarse de que su esposo no rondaba por las cercanías, exclamó, con esperanzado matiz:

—¡Cuánto le agradezco que haya venido, señor Grantley!
¡Cuánto se lo agradezco!

—Será un verdadero placer poder ayudarla, señora Matheson.

—Por favor... llámeme Sandra.

La miré detenidamente. Con demasiado detenimiento. Menos, era insuficiente para percatarse de su exquisita calidad como mujer. Bella hasta la saciedad. Geométricamente perfecta. Luciendo su cuerpo vital, espléndido, exuberante, en el interior de una finísima blusa blanca y una ajustada falda negra. Rubia... rubia como la miel. De contrastantes ojos negros, enormes y brillantes, luminosos, rasgados, de mirar profundo. Sugestiva la boca roja de labios carnosos y húmedos. La blusa, descotada con generosidad, permitía el fugaz atisbo de su busto túrgido, estrellado violentamente contra la tela. Hasta el final, cintura, caderas y piernas seguían siendo de una impecable exquisitez escultórica.

Me dije que Sandra era mucha mujer para lord Reginald... y que era fácil imaginarla en brazos de otro cuando se tenían sesenta años. Sin necesidad de que algo funcionase mal en la «azotea» ni mandangas por el estilo.

Pude observar que se sentía halagada por el estudio que, abiertamente, lo confieso, había realizado de su exhaustiva anatomía.

—Como usted quiera, Sandra —dije al fin.

A continuación, me enseñó la casa. Procuró familiarizarme de inmediato con todas las dependencias, sombrías dependencias de aquel baluarte, gloria y orgullo de la dinastía Matheson.

Empecé mostrándome como un mayordomo bastante eficiente. Algo de eso me dijo lord Reginald dos días después, rectificando su impresión inicial producida por mi edad, al servirle el desayuno. Y yo descubrí en mí unas cualidades artísticas que hasta entonces había ignorado. ¿Y si aún fuese hora de triunfar en el cine? ¡Bah...!

En verdad, luego de convivir con ellos cuarenta y ocho horas, no podía decirse que hubiera descubierto el menor atisbo de

anormalidad en ningún acto de Reginald Matheson. Quizá podía considerarse extraña su costumbre de pasear, después de la cena, una o dos horas por el frondoso y tupido bosque que rodeaba el añejo castillo. ¿Extraña? No. En realidad, no. Eran muchos los hombres que tenían costumbres semejantes.

Momentáneamente, no había ocurrido nada de particular que mereciera el interés de mi amigo el siquiatra, Claro que quizá el día en que él se presentara como «primo» de Sandra y habláramos, era posible que lo que yo suponía intrascendente, fuera de gran importancia a ojos de Bernard Anslinger.

No podía pretenderse que un expolicía razonara igual que un siquiatra, en materia de consciente y subconsciente.

Aquella noche, como las dos anteriores, lord Reginald salió a dar su cotidiano paseo. Y como las otras también, yo aproveché para cambiar impresiones con Sandra.

Pero hubo algo que no fue igual que las dos noches precedentes. Regresaba yo de la lóbrega cocina en busca de la jovencísima *lady* Matheson, cuando me tropecé con ella por el estrecho y abovedado corredor.

—Venga, Grantley...

Fui tras sus pasos, no pudiendo evitar que mis ojos danzaran al compás de la sutil cadencia que balanceaba sus caderas rotundas, ajustadas en el interior de la estrecha falda negra.

Me sorprendió que abriera la puerta de la habitación.

—Pase... —dijo, invitó, mirándome desde el umbral—. ¿O es que tiene miedo, John?

Instintivamente, negué con la cabeza. Y también de un modo instintivo, entré.

De inmediato, cerró la puerta.

—Tengo miedo... yo sí que tengo miedo, John —musitó, desplomándose a los pies de la cama.

Su trato, aquella noche, me parecía demasiado familiar. Quise afianzarme en mis propias convicciones, jurar *in mente* que me comportaría dentro de los cauces de la más exigente corrección.

—¿Miedo...? —le pregunté.

—Usted es mucho más joven que mi marido, John. Casi de mi edad —fue su inesperada respuesta.

¡Naturalmente que era más joven que lord Reginald Matheson! Y

cierto que sólo tres, a lo sumo cuatro años, me hacían mayor que su esposa Sandra. Sin objetar nada a, sus palabras, la vi desprezarse en el aire, por encima de los barrotes del anticuado lecho, sus maravillosas extremidades inferiores.

Luego, de pie, se miró en el ovalado espejo del tocador. Y me miró a mí por medio de aquél.

—John... —musitó—, acércate.

El matiz de su voz pareció dormir la viveza de mi mente. Me acerqué, sí. Como un autómatas. Y de súbito, revolviéndose, se me abrazó, haciendo que percibiera la tibieza de sus encantos.

—Tengo miedo... ¡mucho miedo, John! ¡Estoy segura de que mañana por la noche intentará matarme!

Comprendí que mi orgullo y el instinto masculino me habían hecho interpretar equivocadamente su actitud. Era el pánico lo que la impulsaba a...

Quise apartarla. Quise, sí. Pero no pude. Puesto que de manera impulsiva estreché el abrazo, besándola.

La besé.

Y como en sueños, fui dándome cuenta de que algo blanco desaparecía en algún lugar lejano... de que seguían desapareciendo otros adminículos. Fue como rodar vertiginosamente por un abismo de profundidades maravillosas, extáticas.

Fue entonces cuando descubrí sus ojos grandes, negros, encendidos con igual intensidad que un bosque en llamas. Fijos en los míos. Muy fijos. Penetrantemente fijos.

—John... mañana por la noche lo matarás, ¡lo matarás!, ¡lo matarás! Matarás a Reginald Matheson... ¡Lo matarás! Yo te lo pido, te lo suplico, y tú lo harás. Mira mis ojos... míralos, John.

¡Míralos... y di que lo matarás!

Miré sus ojos, sí. Pero no con la intensidad que ella miraba los míos. Y como un robot, sin voluntad, sin consciencia, repetí:

—Lo mataré... si tú me lo pides lo mataré... ¡Lo mataré!

Nada.

Durante muchos minutos, nada.

El vacío.

Nada.

Regresé, al fin, de aquel algo maravilloso, vacío después, como si regresara de una muerte imaginada.

Mis labios encontraron un suave tapiz esponjoso por el que se perdieron febrilmente.

Era ahora como flotar en el aire, en lo alto de unas nubes de frondoso algodón...

Pero dentro, en lo más íntimo de mi cerebro, en el recóndito baluarte de mi mente, una voz susurraba sin cesar:

—John... mañana por la noche lo matarás, ¡lo matarás!, ¡lo matarás!, ¡lo matarás!!

REGRESANDO AL HORROR

Pensar...

Pensar...

¡Lo matarás! ¡Lo matarás!

Ahora, regresando al presente, con el cuerpo sin vida de Reginald Matheson tendido a mis pies, aquella voz encendida volvía a susurrar por todos los rincones de mi cerebro la frase fatídica, enloquecedora, insistente... ¡Lo matarás!

Y de súbito:

—¡No... no lo he matado! ¡Noooo! —aullé enloquecido.

Y Sandra...

La sonriente Sandra, la incitante Sandra, apareció de nuevo frente a mí. Con sus ojos grandes, negros, dominadores, encendidos intensamente, llameantes.

Penetrantes y fijos en los míos. Igual que la noche anterior.

¡Y algo blanco desaparecía a lo lejos!

Ella se acercó.

Murmurando con voz cálida de matiz tenue:

—Sí. John, lo has matado. Yo te dije que lo mataras... ¿recuerdas? Porque no podías negarte, lo has matado. Porque no puedes negarte a ningún deseo mío... ¿verdad?

Aquellas nubes algodonosas volvían a estar debajo de mí... y el revoloteo fue intensificándose, intensificándose más y más.

—No —mi voz era ronca—, no puedo negarme. ¡No puedo negarme!

Estaba más cerca.

Muchísimo más cerca.

—John, cariño, coge el hacha. Coge el hacha.

Obedecía su voz, todo en mí obedecía su voz.

Sin resistencia.

Porque me incliné a recoger el hacha con mano firme, tirando

del tosco mango que había quedado debajo del cadáver de lord Reginald Matheson.

Transcurrieron unos segundos en blanco.

Luego, la alcé, la esgrimí... aguardando su voz, aquella voz que todos mis sentidos obedecían sin resistencia.

Su voz.

—John... destrózalo, machaca su cuerpo, tritúralo... ¡Quiero ver su sangre!

Lo hice.

Lo hice.

Una, dos, tres... cien, mil veces, quizá un millón.

Mi mano trazó el siniestro arco.

¡Zas! ¡Chac...!

Y aquel filo agudo, hiriente, fue hundiéndose en el cadáver de lord Reginald Matheson, fue tiñéndose paulatinamente de una viscosidad escarlata que se agitaba ante reís ojos como un desafío.

Desafiándome a incrementar la saña, la sádica velocidad destructiva de mi mano.

Sangre, sí.

Sangre... Un océano de sangre.

Succionando los despojos de un cuerpo destrozado, fragmentado, reducido a partículas de hueso y carne.

Su voz.

—John... sigue, sigue, no te detengas, ¡no te detengas!

No me detuve.

No me detuve.

Por encima de las algodonosas nubes hasta Satanás debió horrorizarse, o quizá, en su diabólica naturaleza, se despertó un furioso sentimiento de envidia.

Desde encima de las nubes, ahora, resultaba fácil elegir... elegir el infierno.

Infierno.

Y así transcurrió el tiempo.

Debieron pasar horas, meses, años, siglos... mientras yo vagaba por las inmensidades del ígneo recinto al que me hiciera acreedor.

Sí, debieron transcurrir siglos de infinita tortura.

Hasta que una voz gritó:

—¡Es él...! ¡El asesino...! ¡El asesino de mi esposo!

CAPÍTULO II

—¿Por qué, Grantley? ¿Por qué has cometido tú... tú precisamente, esa monstruosidad?

Lo miré. No entendía nada.

—¿Qué... qué monstruosidad?

—El crimen. Has destrozado con un hacha el cadáver de Phillips Fothergil, luego de haberle disparado tres balazos.

—¿Phillips Fothergil? ¿Quién es ese hombre...?

—¡Por Dios, John Grantley! ¿Te has vuelto loco, o pretendes que me vuelva yo?

—¡Un momento, *surintendent* Renshaw! —exclamó el hombre que estaba a mi izquierda, frente al que me preguntaba aquella serie de cosas incomprensibles—. El señor Grantley ha sido víctima de una monstruosa trampa a la que yo le he llevado inconscientemente. Esa mujer... ¡se llama Sandra!

¡Y el muerto, es lord Reginald Matheson! Un sicópata que padecía crisis obsesivas...

—¡Ni crisis ni nada, diablos! ¡Basta ya! —gritó nerviosamente el *surintendent* Lonsdale Renshaw de New Scotland Yard, oficina de Homicidios, perdiendo toda su flema británica—. Aprecio su interés por Grantley, doctor Anslinger... —agregó, más reposado el tono de voz—, entiendo que es su paciente.

—¡No es mi paciente, cuernos! —se desesperó el siquiatra—. ¿Cómo narices he de explicarle que el señor Grantley estaba tratando de ayudarme? Yo le pedí que acudiera al castillo de los Matheson porque esa mujer... ¡esa mujer ha mentido como una bellaca! ¿Me oye bien, señor policía?

¡Esa mujer preparó una trampa diabólica en la que yo y Grantley...!

—Le ruego que se modere, doctor. Y que no olvide en ningún momento con quién está usted hablando.

Hemos hecho ya las averiguaciones oportunas. Y Scotland Yard, en estas cosas, no suele equivocarse. Los documentos de la señora Gladys Mayrand han sido minuciosamente verificados, igual que sus antecedentes, fecha en que contrajo matrimonio con Phillips Fothergil, escritura de compra del antiguo castillo de los Matheson... y entérese bien, señor doctorado en siquiatria, de que todo es rigurosamente cierto. Verídico. Sólo me falta esclarecer el por qué John Grantley fue a ese lugar, vio a la señora Fothergil, trató de abusar de ella, la persiguió hasta el interior del castillo, disparó contra el infortunado señor Fothergil cuando éste trataba de defender a su esposa... y lo trituró finalmente con el hacha.

—¡Eso es absurdo! ¿No lo comprende? ¿En qué libro ha leído usted que los asesinos se esperen una hora a que llegue la policía? ¿Acaso se esperaba Jack el Destripador a que llegasen los hombres del Yard? ¡Trate de razonar con lógica, trate de razonar...!

—¡Se acabó, doctor! Posiblemente el *exsurintendent* Grantley, que según usted no es paciente suyo... lo será en breve. No es usted el primer médico que recurre a toda clase de artimañas habidas y por haber para librar a uno de sus especímenes investigativos de manos de la policía. Ahora, le ruego que se retire. Ya se le avisará oportunamente para ratificar su declaración.

Yo les miraba alternativamente. Dos desconocidos que hablaban de mí, acusándome el uno y defendiéndome el otro. ¿Un crimen...? ¿Yo... lo había cometido yo? ¿Por qué?

—¡Esto no puede quedar así! —exclamó mi desconocido e improvisado defensor, agitando el puño de hecho, cerrado, delante de las narices de mí «fiscal»—. ¡Tanto alardear de justicia y ecuanimidad delante del mundo...! Pero yo le aseguro, *surintendent* Renshaw, que se hará justicia... ¡justicia de verdad!

Y poniendo una mano encima de mi hombro izquierdo, fijando sus ojos decididos en los míos, me dijo:

—No... no se preocupe, Grantley. Yo le he metido en esto y yo he de sacarle... ¡aunque me cueste la vida, cuernos! Le juro que los culpables de esta canallada van a pagarla muy cara.

Salió de la estancia.

Y yo, con mirada estrábica, le seguí hasta verle desaparecer.

—Bueno, John. Tú y yo hemos sido siempre buenos amigos, ¿no es cierto? Entonces... ¿por qué no me dices la verdad?

Le miré con expresión ausente.

—¿La verdad...?

—¡Cristo! ¿Quieres dejar de fingir ese papel de idiota?

No respondí.

Y él, aquel policía que había dicho que éramos muy buenos amigos, tampoco me hizo más preguntas. Habló por teléfono y al cabo de pocos minutos se presentaron dos agentes uniformados.

—De momento —les ordenó al entrar—, enciérrenlo en el archivo y permanezcan de guardia en la puerta.

Eso hicieron.

Me llevaron al archivo, a dónde les seguí como un autómatas, encerrándome dentro. Miré de un lado para otro.

Experimenté la agobiante sensación de que un émbolo gigantesco succionaba mi cerebro, vaciándolo, vaciándolo... Todo giró a mi alrededor, vertiginosamente, como una noria descomunal, enloquecedora.

Caí.

Por un profundo abismo. Interminable. Me detuvo, en la fulgurante caída, un objeto duro, sólido, que se apoyaba contra mi cabeza.

¿O era mi cabeza la que estaba apoyada contra aquel objeto duro y sólido?

Parpadeé.

¿Qué había ocurrido? Estaba en el suelo... Mi frente debía haberse golpeado con fuerza en el canto de la mesa metálica...

En fracciones de segundo.

Sí, en fracciones de segundo o quizá en una porción de tiempo infinitesimalmente menor, recordé, recordé...

Recordé.

Todo.

Sí, estaba en el archivo. Mis antiguos compañeros, el *surintendent* Renshaw concretamente, por un absurdo sentimentalismo, no había querido encerrarme, por el momento, en un calabozo.

¡Providencial decisión!

Porque yo, sí, recordaba todo lo sucedido. Con diáfana nitidez.

Y en virtud de uno de los muchos engramas que siempre vagaban sueltos por la mente de todo buen policía recordaba

también, ahora, un hecho ocurrido en Birmingham tres años atrás.

¡El archivo! ¡Estaba en el archivo! Una estancia entrañablemente familiar para mí. Por ello sabía que en una de las muchas estanterías metálicas que la circundaban, entre centenares de volúmenes, estaban los tres tomos de la *Moderna Antología Criminalista Inglesa*. Sólo necesitaba consultar el tercer tomo y buscar en él lo acaecido tres años atrás en la ciudad de Birmingham.

Lo encontré. Lo leí.

Y afuera mis guardianes se olvidaron de que yo había vivido los mejores días de mi existencia en el interior de aquel edificio ubicado en el Quai Victoria... que incluso conocía detalles por ellos ignorados. Por ejemplo, el detalle de salir del archivo sin utilizar la puerta que ellos estaban custodiando.

Eso hice, sí.

Me introduje en una cabina telefónica, y luego de consultar el listín, disqué un número en el dial.

Esperé.

Pasados unos segundos pude escuchar el agradable matiz de una bien timbrada voz femenina, que decía:

—¡Psychiatric London Center al habla! ¿Dígame?

—Señorita... señorita, ¿puede comunicarme con el doctor Anslinger? ¡Se lo ruego, es urgentísimo!

—Sí, sí, un minuto, por favor. Le comunico con él.

Fue, en realidad, menos de un minuto lo que tuve que esperar.

—Habla el doctor Anslinger, ¿quién es?

—¡Anslinger...! —Casi aullé—. Soy yo, John Grantley...

Obvio que le produjo asombro y extrañeza el saber quién era porque exclamó:

—¡Grantley...! ¡Pero...! ¿Qué ha sucedido? ¿Desde dónde me habla?

—Anslinger, me he fugado, ¿entiende? Me he escapado de la policía. Al fin he podido recordar todo lo sucedido en el castillo. Y creo... creo... —Me estaba mordiendo los labios, nerviosamente, al tiempo que hablaba—, que dispongo de una pista para investigar este horrible asunto y descubrir a los verdaderos culpables.

—¡Pero...! Yo, Grantley, acabo de contratar los servicios de una

detective privado a quien le he confiado el caso explicándole los hechos desde su principio.

De veras, palabra, que me quedé atónito.

—¡Una detective privado!

—Sí... Lili Leigh. Usted tiene que haber oído hablar de ella. ¡Me han asegurado que se trata de una mujer excepcional! Ha conseguido grandes éxitos...

—Grandes éxitos, sí —le atajé con triste ironía—. He oído hablar de Lili. Pero ¿usted cree que después de lo sucedido puedo confiar en alguna mujer? ¡Si una ya me ha hundido...!

—¡Por Dios, Grantley! Usted es hombre de amplio criterio...

—Sí, sí, de muy amplio criterio. Con lo cual no evitaré la sentencia de muerte que el juez más benévolo dictará contra mí, si no logro desenmascarar a esa maldita mujer antes de que mis excompañeros me echen el guante. ¿Quiere darme la dirección de esa detective?

—Un... un momento —me dijo, desconcertado. Era lógico que lo estuviese. Él me había metido sin imaginarlo en aquella horrible encrucijada y se veía impotente para sacarme, aunque intentaba hacer lo imposible... y a mí no me caía bien. Dijo—: ¿Toma nota? Bueno, Lili Leigh tiene su oficina en el 218 de Oxford Street. ¡Grantley! ¿Qué piensa hacer?

—De momento, doctor, charlar con esa buena «samaritana» que usted me ha buscado. Luego...

¡Dios dirá!

—¿Necesita dinero, Grantley?

—No, Anslinger. Y esté tranquilo. Usted ha sido tan engañado como yo. Es obvio decir que haré lo imposible por demostrarlo... Le llamaré de producirse alguna novedad, ¿entendidos?

—¡Sí, sí... téngame al corriente de su paradero! ¡Y por Dios, cuídese!

—¿Quién más interesado que yo, doctor? ¡Adiós!

Colgué.

Me atrevo a afirmar que mi estado de ánimo al salir de la cabina telefónica rebasaba las fronteras del absurdismo. ¿Me habría vuelto, de verdad, rematadamente loco? Porque... ¡casi estaba contento!

Pesando sobre mi espalda la acusación directa de un crimen horrendo, monstruoso; siendo además un fugitivo de la justicia que

tanto adoraba. ¿Qué clase de ser era yo?

Sin duda, mis reacciones estaban motivadas por una sugestión pura y científicamente lógica. En todos los meses que me pasara recluido en mi casa de Borough High Street, junto a las riberas del Támesis, abstraído en un total y completo olvido de cuánto había a mi alrededor... los años de mi espíritu habían avanzado como segundos. Un envejecimiento prematuro. Por eso ahora, aquella serie de emociones, que no por horribles y satánicas dejaban de ser emociones, me devolvían a mí mismo, me devolvían a los exactos treinta y un años que contaba.

Más no era eso solo, no. Me devolvían el ansia de vivir, de luchar por la vida para conservar la vida. ¿Paradójico? No, no, en absoluto. Simplemente real.

Por entre la consuetudinaria niebla divisé un taxi.

Y ya en el interior, di las señas.

—218 de Oxford Street.

Arrancó.

218 de Oxford Street.

Subí hasta la tercera planta, tercer pasillo, tercera puerta... y oprimí el zumbador de esa tercera puerta.

El taconeo.

No sé por qué regla de tres —debería ser por tanto tercera, tercer y tercera—, me la imaginé como un Hércules Poirot femenino. Alta, desgarrada, fea, hombruna, con andares simiescos, patizamba incluso.

Y al borde de las órbitas se fueron mis ojos, una vez se abrió la puerta, recibiendo con la mayor satisfacción de mi vida el mayor chasco de mi vida.

¿Conque alta, desgarrada, fea, hombruna, con andares simiescos, patizamba incluso...?

¡Supersoberbia!

—¿La... la detective Lili Leigh?

Me sonrió encantadoramente.

—Yo soy. Pero... pase, por favor, pase, *exsurintendent* Grantley. ¿O quiere que le «cacen» sus colegas en la puerta de mi casa?

Sorprendido por su fabulosa belleza, por su extraordinaria intuición, y por la cara de bobo que yo debía estar poniendo... pasé.

Y cerró.

Y dijo:

—Sígame.

Eso hice, recorriendo lo mucho que Lili Leigh tenía para recorrer fuese cual fuese el ángulo visual desde el que se la enfocase, si bien, al recordar la tragedia que gravitaba a mi alrededor y recordar que el causante era un congénere de la fabulosa Lili y no menos fabulosa que Lili, me abstuve de trivialidades contemplativas.

Dejamos atrás el pasillo y lo que debía ser su *office* profesional, para adentrarnos en un estupendo, reducido y coquetón *living*. Señalándome una de las butacas tapizadas en skai rojo y negro, me invitó:

—Siéntese, ¿quiere? Sus preferencias... ¿Escocés? ¿Brandy?

—Cualquier cosa me vendrá bien, Lili —repose con cierta familiaridad, dejándome ir hacia el fondo de la butaca.

La detective preparó dos «escoceses» con soda.

Y tendiéndome uno de los dos, fue a sentarse frente a mí. Me estudió. La estudié. Era morena, morena, morena... de lo más moreno que yo recordaba haber visto por Londres. Mediana estatura, estilizada, contornos relevantes, destacados, bien situados, todos ellos en el interior de un ajustado vestido cóctel de color verde, cuyo escote descubría posibilidades. Tostado, color cobre el gracioso óvalo de su rostro, con dos soles de color ámbar. Bueno... soles por grandes, ámbar por el tono. Así eran sus chispeantes pupilas. Respingona pincelada, la de su nariz que, descendía en picado hacía unos labios jugosos, rojos, anchos y con graciosa curva cupido.

Sentada, el vestido se le encogía, las rodillas se evidenciaban preciosas y las piernas de película. A lo Esther Williams en sus buenos tiempos. Luego del mutuo y satisfactorio estudio, puesto que supuse no haberle caído nada mal, dijo:

—Grantley... ¿cómo ha conseguido escapar?

Bebí un sorbo, paladeando el estupendo escocés.

—No es ningún mérito, Lili. De mis treinta y un años, he pasado diez en el Quai Victoria, Whiteall, edificio de Scotland Yard.

—Pues... —Volvió a deslumbrarme con su sonrisa y me enseñó una doble hilera de menudos, perfectos e iguales dientecillos—, juzgando su situación a través de lo que me ha dicho el doctor

Anslinger, no es para que se muestre usted tan... tan divertido.

Otro sorbo de escocés.

—Me muestre como me muestre —le dije—, no conseguiré alterar los hechos... so pena, claro está, de que consiga pruebas que evidencien mi inocencia. Esto... ¿cómo ha sabido quién era yo?

—No es ningún mérito —ironizó, plagiando mi frase anterior—. El doctor Anslinger acaba de telefonearme, rogando le atendiese con el mayor interés.

—Correcto —eché el resto del licor garganta abajo—. Está al corriente de la situación, lo cual quiere decir que las explicaciones son obvias...

—No tan obvias, Grantley —me atajó, apurando también su escocés, y moviéndose en el fondo de la butaca de una forma que me hizo comprender que no sólo sus rodillas eran preciosas. Y agregó—: Sólo usted puede referir exactamente lo ocurrido en ese castillo, su versión...

—Oiga, Lili —corté con cierta sequedad—, eso de «mi versión» me suena feo. No hay versión que valga... Sólo hay la verdad. ¿Entiende?

Sonrió con suficiencia.

—Nadie lo duda, Grantley. Pero quiero oír la verdad contada por sus propios labios.

—De acuerdo. Óigala.

Y por espacio de bastantes minutos, casi de una hora, la estuvo oyendo con profusión y minuciosidad de detalles. Tras el relato, sin darle tiempo a que objetara u opinara, solté:

—Esta situación entre usted y yo, Lili, me parece absurda.

Arqueó sus depiladas cejas.

—¿De veras? ¿Puedo saber el por qué?

—Claro —cabeceé afirmativamente—. Aunque retirado, jubilado, o como quiera llamársele... soy un miembro de Scotland Yard...

—Era, Grantley, era —puntualizó.

—Correcto —acepté—. Nadie puede quitarme ese «era», nadie puede evitar que haya sido... y que moralmente siga siendo. He sacado esto a colación porque pese a los buenos deseos del doctor Anslinger, su intervención en este caso, hallándome yo... digamos en libertad, se hace innecesaria.

Lili Leigh estiró, despreczó sus monumentales piernas. Desde luego... contuve la respiración.

¡Aquello era pisar firme!

La oí preguntarme con desdén, con vivos matices despectivos:

—¿Dónde ha oído eso, Grantley?

Sonriendo, correspondiendo como mandan las reglas de la caballerosidad a sus ironías, repuse:

—En un estudio sicológico del que soy autor y editor al mismo tiempo, y en el que digo, afirmo, con todo énfasis, que nadie mejor que yo cuidará de que yo no pague por un crimen monstruoso que no he cometido yo. Muy redundante y cacofónico si usted quiere, pero lleno de un patetismo real que nadie puede discutir. Por lo tanto, y puesto que coincidimos, llamaré ahora mismo al doctor Anslinger para que cancele la investigación que le ha encomendado.

Confieso que yo mismo me asombraba de la ductilidad, del desdoblamiento que se había producido entre tres John Grantley: El que recibiera a Bernard Anslinger días atrás; el que estuviera en el castillo y cometiera un crimen horrendo y el actual, el que estaba dialogando con Lili.

Tres hombres distintos. O el mismo, adaptándose a tres distintas circunstancias.

Hice gesto de dirigirme al teléfono gris que descansaba encima de una redonda, mesita ratona situada en un vértice de la estancia, pero me detuvo su exclamación:

—¡Espere un momento, Grantley!

Me fui de nuevo atrás, al fondo de la butaca.

—¿Sí...? —interrogué.

Tardó pocos segundos en responder. Y en aquel fugaz lapso de tiempo, la actitud de Lili Leigh también cambió. No sé... la vi menos profesional, menos irónica, más humana. Más mujer, en dos palabras.

—Grantley... —musitó.

—John, por favor.

—John... le aseguro que no es el dinero, no es el importe de la factura que pueda presentarle al doctor Anslinger lo que me seduce. A eso, afortunadamente, puedo renunciar en este mismo instante.

Es la investigación... es el caso, este caso extraño, lleno de un misterioso maquiavelismo, el que me atrae. ¡Se lo suplico, John!

Deje que le ayude. Posiblemente le seré muy útil dado el que usted no dispone de la total libertad de movimientos que necesita. ¿Se da cuenta de ello?

—Por supuesto —admití. Y oscureciendo el rostro, demostrándole que no estaba tan jocoso y divertido como ella suponía, agregué—: Pero desde mi punto de vista, el caso no es lo novelesco que a usted le parece. A mí no me seduce lo misteriosamente maquiavélico y demás adjetivos literarios que usted quiera ponerle. Se trata de probar que he sido la víctima propiciatoria de un proyecto criminal con objetivo preconcebido.

—¿Objetivo preconcebido...? —inquirió, evidentemente desconcertada.

Ello me satisfizo por doble motivo. Egoatría masculina, primero. Acaparar su interés, segundo.

Con cierto tono displicente, pregunté a mi vez:

—¿Se da cuenta ahora de que está en «ayunas»? Sonrió, replicando: —Holmes y Poirot son detectives nacidos de dos fértiles imaginaciones, Grantley. Los de verdad... somos como la policía de verdad.

Capté la sutil agudeza, refutando:

—Pero esta vez, mi estimada Lili, la policía que «era» de verdad le ha tomado la delantera al detective que es de verdad. Yo... conozco el móvil de ese crimen en el que he sido involucrado por el dominio que una perversa dama ha ejercido sobre mi subconsciente.

Ávida, adelantando ligeramente su busto prieto y erguido, de firme y sugestivos contornos, inquirió:

—¿Y cuál es el móvil...?

—Calma, calma, detective. Todo a su tiempo. Aún estoy dudando acerca de su intervención en el asunto y...

Fue un presentimiento. Quizá una corazonada. Lo que fuese, pero intuí algo anormal. Por eso, sonriendo, pero en un tono drástico y quedo le dije a Lili tuteándola de manera instintiva...

—... no te muevas de donde estás, sigue hablándome y escuchándome con toda naturalidad, no mires hacia la puerta.

Pude comprobar que era toda una profesional. Sin gestos de asombro, preguntas, arqueamientos de cejas ni nada de eso, me siguió escuchando con interés desentendiéndose de la puerta que daba acceso al *living*.

—... y creo que al final voy a aceptar su ayuda sí me promete...
Lo vi por el rabillo del ojo.

Al fulano de enorme naturaleza que había aparecido en el umbral empuñando una pavonada automática. Sonreía, mostrando unos dientes grandes y desiguales, amarillentos, feroces. Tenía toda la pinta de un gorila y la expresión de un asesino.

Lo que era.

—¡Vaya! ¿Esperaba usted visita, Lili?

Fue cuando torció la cabeza hacia la puerta y se percató de la mole humana... dejaremos estar eso de humana, que nos encañonaba con la automática.

—No, desde luego que no —repuso con aplomo, demostrando una serenidad extraordinaria.

—Agregando. —Y menos, «eso».

A «eso» no le gustó nada que le llamaran «eso». Dejó de sonreír, avanzó unos pasos hacia el interior del *living*, contrajo las repulsivas facciones de su rostro cruel; anunció:

—Creo que pronto dejarán de gozar de tan excelente humor. Y no se les ocurra pestañear, ¿eh? Yo disparo primero y averiguo después. Y tú... —Se estaba refiriendo a mí—, asesino del hacha, vas a sustituir la risa ésa por un llanto copioso... ¡Ponte de pie!

Obedecí.

—Camina hacia el teléfono sin hacer un solo gesto que se pueda prestar a confusión... ¿Me comprendes? A mí, me importa un rábano que te cojan vivo o fiambre. Tú verás lo que te conviene.

Ve hacia el teléfono y disca Whiteall y el número de Scotland Yard. ¡Vamos, andando!

Trazó un ominoso semicírculo con el cañón del arma indicándome el camino a seguir.

Mentalmente, en fracciones de segundo, hice un cálculo de probabilidades. Cociente: Prefería que me abrasaran a quemarropa que ser ajusticiado por un crimen que no había cometido.

Me moví, desde luego. Como si siguiera las instrucciones del gorila...

Como...

Y me lancé. En temerario plongeón que tuvo éxito por lo inesperado. Mi cuerpo, tenso, rígido, se mantuvo en una horizontal inverosímil volando por encima de la mesa ratona de centro hasta

impactar contra el gorila quien, asombrado, no acertó a reaccionar oportunamente. Era asombroso, después de tanta inactividad, que consiguiera aquel derroche de facultades, aquel supremo esfuerzo lleno de circense elasticidad.

Le empotré la cabeza en mitad del estómago.

Se fue atrás, soltando obscenidades y maldiciones, sin lograr zafarse de mi acoso. Pero tampoco yo logré que soltase la automática. Rodamos en tierra intercambiando golpes nada académicos, brutales, desesperados, con un ansia común de hacemos daño, mucho daño, de matar.

Aprovechando el impulso de los giros que describíamos, enzarzados en la golpiza, pude saltar adelante y recobrar la vertical antes que él. No me anduve en galanuras y le solté un punterazo en la boca que le hizo escupir sus buenos borbotes de sangre.

Y aun así, alzó el cañón de la pistola, enfilándolo a mi estómago.

Jugué, esta vez, como un *crak* del *foot-ball*, con las dos piernas en tijera. La derecha se estrelló por segunda vez sobre su faz sangrante y repulsiva. La izquierda impactó con sonoro chasquido contra su muñeca, y por fin la automática saltó por los aires.

De no ser por su bestial naturaleza la cosa hubiese terminado allí, pero aquel tipo poseía una resistencia fuera de lo normal y, pese al brutal castigo, se alzó con más agilidad de la esperada, abalanzándose sobre mi justo cuando me recuperaba del salto en tijera.

Consiguió enroscarme sus manazas en la garganta iniciando de inmediato una presión asfixiante, letal. Antes de que las fuerzas me abandonaran por completo hice lo único que podía hacer: Dejarme caer hacia atrás, al tiempo que recogía las piernas y flexionaba con las rodillas para dispararlas adelante, con toda la violencia de que pude hacer acopio, volteándolo por encima de mí y haciéndole que atravesara la puerta del *living* como una exhalación y empotrarse su cabeza de bestia en la pared del pasillo.

¡De película, vamos! ¡Fue a caer precisamente a dos pasos de la automática!

Y la atrapó, medio atontado, antes de que Lili consiguiera hacer lo propio en baldío y desesperado esfuerzo.

—¡Perro...! —masculló, escupiendo sangre y un diente, mirándome, curvando el dedo sobre el gatillo.

Salté.

En aquellas fracciones de segundo me lo jugaba todo a cara y cruz. La vida. La inocencia que si moría ahora no podría probar. Un cara y cruz fiado en los recursos físicos que la inactividad y el derroche de la pelea tenían que haber mermado considerablemente.

Llegué en plancha, manos por delante, un segundo antes. Atrapé su muñeca con las dos manos y se la retorcí.

Disparó entonces.

Y un gesto estúpido, bobo, contrajo las facciones oscuras de su rostro asesino. Le colgó ligeramente el labio inferior, escupiendo una baba sanguinolenta, asquerosa, de viscosidad densa. Y se quedó muerto en una pose cómica. Sentado en el suelo con las piernas en ángulo y la espalda recostada contra la pared.

—¡John...! ¡He sido una estúpida! Pero mientras estabais enzarzados no podía arriesgarme...

—No te preocupes, Lili. Lo... —jadeé, tratando de acompañar la agitada respiración—, lo... lo importante es que «eso» ya no...

Tambaleante llegué hasta la butaca, dejándome caer en ella. Lili, moviéndose con rapidez, fue al mueble-bar para prepararme otro escocés. Ni ánimos tuve para recrear mis ojos en el contoneo de sus prietas caderas... ojos que sentía estrábicos y enormes al mismo tiempo.

Miré de un lado a otro, parpadeando, esforzándome por establecer un plano visual concreto en el que objetos y figuras no tuviesen aquella borrosa dualidad.

Y entonces lo vi.

En la puerta.

Rígido.

Enhiesto.

Terriblemente espectral.

¡Lord Reginald Matheson, empuñando un hacha de filo agudo, finísimo, que goteaba un jugo viscoso de tinte rojizo!

Todo el horror que suponía momentáneamente olvidado regresó a mi cerebro.

Lo invadió.

¡Se apoderó de él!

Y el hacha... el hacha salió proyectada de sus manos como un mortífero obús, rumbo a mi cabeza.

El hacha.

En el último segundo, después del último segundo quizá, giré alrededor del asiento volteándome hacia el otro lado de la butaca, hacia el suelo.

¡Craaac!

Lili Leigh, alarmada por aquel súbito y tremendo crujido, giró sobre sus tacones. Vio el hacha.

Empotrada en el mueble-librería.

—¡Aaaaag! —gritó, horrorizada, llevándose ambas manos a la garganta y reflejada en su bello rostro una expresión de vivo terror.

Yo, recuperándome con excesiva lentitud, o mejor dicho, con toda la rapidez que me permitía el cansancio y el susto recibido, traté de correr hacia el pasillo, de echar por éste adelante rumbo... rumbo a ninguna parte porque la visión, que de ningún modo podía considerarse como tal puesto que el hacha era una siniestra evidencia, había desaparecido. El lord Reginald Matheson que yo acababa de ver pocos segundos antes había... tenido tiempo suficiente para desaparecer.

Notando que las piernas me flaqueaban llegué al *living*.

Lili, que se había tomado mi escocés, tuvo que prepararme otro.

Me lo bebí de un trago pidiendo otra ración al mismo precio.

No, juro por mi honor que no tenía ganas de bromear. Engullí el segundo escocés y fui a tumbarme en el diván corrido que ocupaba el panel frontero. Lili vino detrás, presa del pánico aún, sentándose en el hueco que dejaban mis encogidas piernas.

Así, en relax, pensando o tratando de hacerlo, dejamos transcurrir varios minutos en absoluto silencio.

—¡Ha sido horrible, John...! —exclamó ella, de repente, truncando el silencio meditativo que se había abierto entre ambos.

No sé con exactitud el porqué, pero tras aquellos minutos de excitación y nerviosismo, me produjo un extraño bienestar el que sus labios pronunciaran mi nombre de forma tan familiar.

Le pregunté:

—¿Te sientes con ánimos?

Confusa, arqueando las cejas, inquirió a su vez:

—¿Para...?

—Acercarte al cadáver de ese gorila y traerme todo lo que lleve encima.

Sin responder, se puso en pie, cabeceó y se fue hacia el pasillo. Con maneras profesionales, aunque no sin la lógica repulsión que a las mujeres suelen inspirarles los «fiambres», hizo cuanto le había dicho. Regresó al diván tendiéndome un billetero, un paquete de cigarrillos, una caja de fósforos, un llavero, un pañuelo, un bolígrafo y una estilográfica.

Empecé por el billetero y así supe, leyendo el permiso de conducción, que aquel fulano se había llamado Lou Redgrove. Supe también que tenía una amiguita que te dedicaba fotografías incendiarias.

La amiguita se llamaba Sheila y por una tarjeta de ella que llevaba en el billetero supe también que vivía en... Great Dover St. 45.

Salté del diván.

—¿Dónde puedo recomponer un poco mi aspecto, Lili?

Me acompañó a «dónde», quedándose fuera de «dónde», porque yo me quité alguna ropa dentro de «dónde»... y cuando salí de «dónde» volví a preguntar:

—¿Tienes auto?

—Tengo auto... pero ¿qué hacemos con «eso»?

—Nos lo llevaremos, procurando que nadie nos vea y lo echaremos al Támesis.

Lili, desconcertada, me miró. Preguntando:

—¿Te has vuelto loco?

—Casi. Esperaremos a que anochezca del todo...

—Hora para la que ya te habrás vuelto loco del todo, ¿no?

Lili no esperaba mi respuesta.

Porque, de súbito, enlazándola por la cintura, la atraje contra mí y la besé.

Sin preámbulos.

Luego, esperamos a que se hiciera de noche.

Por lo que sucedió mientras esperábamos que se hiciera de noche se hubiera dicho que ya era muy de noche y que yo, John Grantley, *exsurintendent* de Scotland Yard, fugitivo de Scotland Yard, acusado de un crimen a lo Jack el Destripador... era el hombre más tranquilo y feliz de la tierra.

CAPÍTULO III

Salió bien.

Ella, con un rictus de aprensión contrayendo sus bellas facciones, lo alzó por los pies mientras yo hacia lo propio por los hombros, para lanzarlo, a la altura de Lambeth y *Ferry Road*, hacia las oscuras aguas del Támesis.

Luego, de regreso al estupendo «Jensen», modelo

C-V8

MK-111

que Lili manejaba con gran habilidad, le dije, antes de que lo pusiera en marcha:

—¿Sabes una cosa, detective?

—Si no me la dices...

—Tienes unos magníficos ojos color ámbar. Me gustan. Quizá porque hace años que no frecuentaba a ninguna mujer, pero lo cierto...

—¡John! Yo... y no me mal interpretes, frecuento hombres a diario. Pero ninguno tan desconcertante como tú. Estás metido en un gravísimo aprieto, así lo veo yo, así lo has reconocido tú mismo no hace mucho... Han estado a punto de asesinarte... ¡No te entiendo, de veras!

Tomé su tersa barbilla haciendo girar aún más su preciosa carita para poder besar su linda boquita sin que se me resistiera. Luego, repuse:

—Lili, me he pasado dos años enterrado en vida dentro del ataúd de unos absurdos prejuicios y entre los candelabros de una concepción arcaica. Cuánto me ha sucedido desde que Anslinger vino a sacarme de mi ostracismo es horrible, desde luego. Pero, paradójicamente, ha hecho de mí un hombre diametralmente opuesto al que era. En filosofía se asegura que un hombre no puede cambiar cuando está formado y tiene unos principios sólidos y

arraigados... Yo debo ser la excepción que confirma la regla. Eso no quiere decir que no esté hondamente preocupado por lo sucedido, e incluso, que en algunos instantes tema por el buen funcionamiento de mi consciente y subconsciente. Pero te garantizo que haré lo posible por triunfar. Y tú me ayudarás, ¿no?

Lili, mirándome con una fijeza que impresionaba, respondió como en un susurro:

—Te ayudaré, John. Lo mismo que si por mi intervención en este asunto me pagaran un millón de libras esterlinas.

La besé porque se lo merecía.

—Eres deliciosa, fisgona.

—Bueno... ¿y ahora?

—Al 45 de Great Dover Street. No cae muy lejos de aquí.

Puso al «Jensen» en marcha.

45 de Great Dover Street.

—¿Te importa esperarme en el auto, detective?

Enarcó las cejas.

—¿Por qué, John?

—Simple y pura cuestión de ética. Sé buena chica y espérame aquí —la besé en la frente y salí del vehículo con rapidez.

El portal, oscuro y angosto, ofrecía posibilidades. Nada más cruzarlo me di perfecta cuenta de ello. Vi algo, y muy educado yo, dije «Buenas noches», agregando mentalmente «¡Que vaya de gusto!». Aquello era una boca de lobo. Tan lóbrego y oscuro como el castillo de los Matheson.

Encendí un fósforo.

Y me largué escaleras arriba para no seguir aguándoles la fiesta a los que hacían crucigramas en el portal. Me detuve en el cuarto rellano para orientarme en busca de la puerta que buscaba y llamar.

La espera fue breve. Lógico. Sheila era de las... bueno, aquí también se estila ya lo del «pluriempleo».

Percibí, a través de la hoja de madera, un:

—¿Quién es...?

Y solté una respuesta que siempre me ha parecido bastante absurda:

—Servidor —y puede que para el de dentro, la imagen del «servidor» tuviese cara truculenta y mano derecha con un pistolón de esos de aúpa.

—¿Que quiere? ¿Cómo se llama...?

—Mi nombre no le diré nada, Sheila —y agregué—: Vengo de parte de Lou.

—¡Váyase al cuerno, amigo! Usted y él. ¡Largo!

Vaya modales que se gastaba la amiga del gorila.

—Mira, nena —pegué los labios a la puerta para, seguidamente, mentir—: Llevo una automática... ¡Pum, pum! Te salto la cerradura con un par de balazos. Palabra que no me importa hacer ruido. De veras que es muchísimo mejor que abras de buen grado. ¿Qué...? ¿Le doy al gatillo?

Sheila, por lo visto, se tragó el anzuelo. Y debió comprender que yo no era de la clase de tipos que tratan de entrar en el piso de las... señoritas con fines libidinosos a consumir por coacción.

Abrió.

—Suelte lo que tenga que decir y lárguese —dijo con rabia, al comprobar que en mi mano derecha no estaba la automática de «referencia».

Yo, despacio, encogí las pupilas al tiempo que hacía un estudio minucioso y detallado de Sheila.

Le calculé, por encima, unos treinta y cinco años. Tenía todo el aspecto de una *strip-teaser* fracasada. De ésas a quienes se les mustian los encantos como pétalos de rosa dentro de un vaso de agua sin aspirina. A pesar de los pesares, se adivinaban unos contornos todavía atractivos. Teniendo en cuenta que debajo del «desh... lo que fuera», no existían aditamentos que ayudasen a realzar ni nada de eso. Sus ojos eran de color castaño apagado y la mirada huidiza, expresivamente desconfiada. La cabellera larga, esponjosa, brillante, hubiera podido ser postiza, pero creí entender que no lo era. Ovalado el rostro de labios finos e incoloros que, en las comisuras, mostraban evidentes reminiscencias de un «atropello». Delgada y alta. Con exceso olor a perfume del «caño gordo». Piel blanquecina. Tras el estudio, en resumen, me pareció una mujer muy frígida. Pero mis pinitos sicológicos garantizaban que esas primeras impresiones resultaban ser erróneas ya que, aquel tipo concreto de mujer, resultaba matarse luego en sentido opuesto al juicio inicial. Muy complicado, por supuesto.

—¡Qué! ¿Se va a quedar ahí, quieto, mirándome toda la noche?

—Desde luego que no. ¿Puedo pasar?

—No.

—Sé razonable, mujer. En el rellano se está muy incómodo para mantener una conversación. Tú y yo tenemos que hablar.

—No.

—¿Y por qué no se va a charlar con el demonio? —La pregunta, con tono desabrido, me la hizo un tipo con pinta de *catcher* jubilado que asomó las narices por encima de los hombros de Sheila. En la zurda traía un vaso larguísimo medio lleno de *whisky*.

—¿Por qué no te vas a dormir la mona, King-Kong?

—pregunté a mi vez, para responder y ofender.

—¡Vuelve adentro, Elmer! —ordenó ella, imperiosa—. No quiero más escándalos ya.

—¿Cómo que me vaya adentro...? —El fulano se puso varonil. Lógico. ¿Cómo iba a regresar al interior dejándome a mí en conferencia con Sheila... tal como iba y estaba Sheila? Añadió—: ¡Qué escándalo ni qué rábanos! ¡Vas a ver cómo me lo saco de encima...!

—¡Elmer...!

De nada sirvió la autoridad que ella quiso imponer. Apartó a Sheila de un manotazo y se me vino de cara con muy malas intenciones.

—¡Te la vas a ganar! —Le advertí, notando que la sangre circulaba por mis venas infundiéndome un calor que desde muchos meses atrás no me infundía. Y pese a la anterior pelea, al hachazo, a la horrible aparición del horrible cadáver que yo, no siendo yo, había triturado... pese a todo eso, me preparé para recibir a Elmer.

Estaba lanzado.

Y presto hube de andar para que no me colocase la zurda en mitad de la cara. Me agaché al momento, en una fracción de segundo, aplicándole la punta de los dedos al hígado para, acto seguido, golpearlo con el filo de la izquierda detrás de la oreja.

Trastabilló, yéndose en línea recta contra la barandilla de la escalera. Pero se trataba de un tipo resistente... y estaba visto que yo tenía que vérmelas con resucitados, hachas, mujeres con influjo magnético y tipos resistentes. Acostumbrado a encajar «leña» y asimilarla con facilidad. Sin apenas recuperarse giró sobre sí, se vino unos pasos adelante, hizo una finta en la que piqué y acabó

por largarme un soberbio trallazo al centro del estómago. De verdad, me arrugué como un acordeón.

Aquello iba en serio. Otro descuido y

King-Kong

acabaría por troncharme.

Lanzóse sobre mí cuando empezaba a recobrarme.

Tuve que recibirlo rodilla en ristre y en ella estrelló su boca soltando maldiciones y ronquidos.

Se hizo atrás, no obstante, despidiendo otra vez su peligrosa zurda. Aún y ladeándome, pudo alcanzarme. Di un par de vueltas a mi alrededor y acabé midiéndole las desiguales losas del rellano con las costillas. Un estertor seco, espasmódico, brotó de su garganta cuando iniciaba el demoledor y definitivo salto. La bestial embestida. Giré en tierra más por intuición que por otra cosa, escapando milagrosamente al aplastante plongeón. Se fue de bruces la tierra, como yo antes, pero se incorporó con igual rapidez que si sus articulaciones fuesen de goma y hubiera rebotado, lanzándose de nuevo a por mí.

Sin tregua.

—¡Te voy a machacar, aguafiestas! —rugió.

Y no tuve el atrevimiento de ponerlo en duda.

—¡Basta ya, Elmer! —se desesperó ella, que seguía contemplando la golpiza desde el umbral de la puerta.

Escapé al salto, pero él jugó bien las piernas, a la vez que amagaba un derechazo al estómago.

Ahora, no piqué. Todo lo contrario. Le aguardé fríamente a la salida del amago y cuando se abrió para cruzar el directo de zurda finté ágilmente colándome entre sus poderosos brazos para castigarle el hígado por segunda vez. Y por tercera. Y por cuarta. Hasta que se dobló, permitiendo que le astillara las narices de un tremendo rodillazo y le clavase el canto de ambas manos en la cintura.

Trató de recuperar el aire que le faltaba en los pulmones, pero no fui lo suficiente caritativo como para permitirse. Con la izquierda le «cacé» la nuca en seco y fulminante doble golpe que lo tendió definitivamente sobre las baldosas.

Luego, frotándome la palma de ambas manos, jadeando, miré a la impertérrita Sheila.

—Con la prisa que tengo.

Por el cuello arrastré a Elmer hacia el interior del piso. Ella se hizo a un lado y cerró la puerta.

—Para él, ha sido doloroso. Para mí también, nena. Y además, una sensible pérdida de tiempo.

Todo, para entrar y hablar... al fin y al cabo. Hubieras podido evitarlo, linda.

—Es mi... novio.

—Una de indios, gata. ¿Y Lou Redgrove... el padrino da bodas, eh? Ya sé que vivimos en un país de costumbres muy avanzadas donde la juventud toca guitarras eléctricas y destroza salas de bailes y se droga y muchas cosas más... pero al menos no tratemos de justificar lo que ya está justificado.

¿Dónde te dejo, «esto»?

Sheila, girando ante mis ojos con un ilustrativo revuelo de transparencias, dijo escueta y de tú:

—Ven.

Pasillo adentro.

Una salita de esas muy monas donde las mujeres derrochan buen gusto, delicadeza y toda la gama de exquisiteces que es exclusivo patrimonio de su encantador y sutil sexo. Pero Sheila, estaba a la vista, debía ser bastante marrana. Todo revuelto. Prendas por aquí, calcetines por allá, unos pantalones arrugados encima de la raída alfombra, etc. ¡Ah, eso sí! Una mesita llena de colillas, a pesar de que habían dos ceniceros; tocadiscos; televisor; mueble de ésos para coger cogorzas; sillas y un par de butacas.

El ventanal, abierto, asomaba al patio interior del inmueble dejando filtrar toda clase de olores, a excepción hecha de los agradables. Una puerta, en la izquierda, entreabierta, que permitía atisbar hacia un catre estrecho... nada de los cinco o seis palmos reglamentarios, en completo y absoluto desorden.

—Ponlo ahí... —señalaba el cuartocho—, encima de la cama.

Lo hice, regresando luego a la sala.

Sheila estaba ahora derrumbada en una de las butacas y la pose invitaba al... diálogo. Me senté enfrente y sin perder tiempo eché sobre sus descubiertas rodillas la foto y tarjeta que encontrara en el billetero del gorila, mientras decía:

—No voy a explicarte lo que me pasa por tres razones concretas:

Sería largo y ya he perdido demasiado tiempo; no te lo creerías; no te interesa. Lou vino visitarme sin flores y sin banda de música, y desde hace rato está muerto. ¿Para quién trabajaba?

Sheila, mirando el retrato con desdén, alzó la cabeza para preguntar a su vez, sorprendiéndome:

—¿Eres americano?

—No. ¿Por...?

—Se diría que eres un detective o un *killer* del mismo Manhattan. Tus formas no son británicas.

—Entiendo. Las costumbres y tradiciones de toda una vida pueden alterarse en un segundo para convertir a una persona en algo opuesto y diferente. Ése es mi caso. Aunque... tampoco tú pareces demasiado inglesa, ¿eh? Estamos divagando, Sheila. ¿Para quién trabajaba Lou Redgrove?

Tiró retrato y tarjeta al suelo.

—Hace muchos meses que Lou y yo dejamos lo nuestro. Ignoro sus actividades. No me mezcles en esto.

Sonreí torcidamente.

—Lo siento, chica. He de mezclarte porque en ello me juego mi piel. ¿Para quién trabajaba Lou?

Se encogió de hombros, al tiempo que alcanzaba un paquete de cigarrillos y se ponía uno en los labios, encendiéndolo. Echó humo hacia arriba.

—No lo sé.

De inmediato me puse en pie, avancé hacia ella, apoyé las manos en los brazos de la butaca, me incliné hacia delante solté ominosamente:

—Estoy dispuesto a romperte la cara, Sheila. Por última vez. ¿Para quién trabajaba Lou?

—¡No lo sé...! —exclamó nerviosa, apartando el cigarrillo de los labios.

Si un mes antes me lo hubieran dicho, asegurado y jurado, no me lo hubiese creído. Yo, John Grantley, *exsurintendent* de Scotland Yard, hombre formado a la antigua usanza británica, moldeado en las escuelas del Yard, con un exacto sentido de la ley y un estricto concepto de la justicia, yo...

Le solté un juego de bofetadas que, de su rostro, hicieron un carrusel vertiginoso.

No era de las que lloraban. Por eso, trató de golpearme en un sitio donde me hubiera dolido lo mío. Pero adiviné su intención antes de que hiciera el gesto y eso le costó recibir más golpes, más fuertes, más brutales.

Desistió. Y estuvo en un tris de pasarse al bando de las que lloraban.

—¡Basta...! ¡Basta...! ¡No me pegues más!

—Correcto. ¿Para quién trabajaba Lou?

—Eirik Sadell.

Ahora me quedé boquiabierto. Tras la pausa producida por el asombro, la interrogué despaciosamente:

—¿Estás segura de lo que dices...?

—¡Sí, diablos! —masculló, acariciándose el lacerado rostro—. ¡Estaba con Sadell!

Las cosas se iban complicando, sí. Porque Eirik Sadell era en Londres una especie de Al Capone en el Chicago de 1930. Poderoso, influyente, déspota, manejando a su gusto y antojo el hampa londinense, convertido en una auténtica obsesión para el Yard desde hacía más de diez años sin que hasta la fecha se hubiera podido probar ni una coma en lo referente a sus muchas actividades delictivas.

Vaya, vaya, iba a tener que vérmelas otra vez con Eirik Sadell.

—Sheila —le dije con inflexión sentenciosa—, si te has equivocado, te garantizo que no volverás a equivocarte nunca más.

—¡Muérete, cerdo!

Me miró hecha una furia.

—¡John...! ¿Cómo has tardado tanto? Ya empezaba a alarmarme.

Le sonreí, besándola suavemente.

—No seas fierecilla, pesquisa. La amiga de Lou estaba con otro amigo... un tipo nada sociable, ¿entiendes? He perdido mucho tiempo y energías con él.

Lili, nerviosa, mordiendo su carnoso labio inferior, preguntó:

—Pero ¿has averiguado algo por lo menos?

—Sí, linda. Nuestro primer visitante, el «no resucitado» trabajaba para Eirik Sadell.

Se asombró ella como yo al oír aquel nombre en labios de Sheila.

—¡Eirik Sadell! No... no lo entiendo. ¿Qué papel puede jugar un hombre como Sadell...?

—Ninguno —la atajé—. Sadell tiene matones y los alquila, ¿cierto? —Sin esperar a que me respondiera, seguí—: Alguien le ha encargado que enviase uno de sus gorilas a tu casa para sorprenderme a mí y obligarme a telefonar al Yard... y hasta puede incluso que a matarte a ti.

Lili desorbitó sus magníficos ojos color ámbar.

—¿Qué! ¿Estás seguro...?

—Por completo, Lili. A los que se sirvieron de mí para consumir sus criminales proyectos no les interesa lo más mínimo que nadie ande haciendo averiguaciones... y mucho menos yo, al que no esperaban ver reaccionar como ha sucedido.

—Oye, John, por favor... ¿Quieres decirme una cosa?

Sonreí.

—Depende...

—Antes me has hablado de «objetivo preconcebido» y has dicho textualmente: «Yo... conozco el móvil de ese crimen en el que he sido involucrado por el dominio que una perversa dama ha ejercido sobre mi subconsciente». ¿Es cierto todo eso?

Lo era. Y respondí:

—Rigurosamente cierto, señorita Lili Leigh, de profesión detective privado.

—¿No tienes la suficiente confianza como para...?

—Tengo en ti, Lili —la atajé—, pese a que una mujer es la causante de mis graves problemas, una confianza que es posible no tenga en personas que hace quince años que conozco. Me pasa contigo lo que con Bernard Anslinger. Bien... a fuer de ser sincero, debo decirte que lo he descubierto por casualidad.

Le conté lo de la caída y con ello la recuperación de la memoria y el consciente que, tras los manejos hipnóticos de *lady* Matheson, alias Gladys Mayrand, habían quedado en el vacío, suspensos.

—Al recordar me ha venido también, de esa forma brusca que suelen venirles las ideas a los policías y detectives, un hecho acaecido en un arrabal de Birmingham, hace tres años, hecho cuyas características se asemejan extraordinariamente a lo de ahora. He consultado el tercer tomo de la *Moderna antología criminalista inglesa* para obtener datos y fechas con mayor exactitud. La cosa

fue...

Estuve hablando por espacio de varios minutos. Y al término, ella exclamó:

—¡Pero, John...! Es innecesario que te arriesgues. Vuelve a Scotland Yard y pide que revisen el caso... ¡a ti te escucharán mejor que a otro! Y será más seguro que ir arriesgándote...

—No seas ingenua, Lili. Yo, precisamente, sé mejor que nadie cómo trabaja el Yard. Ellos, en este asunto, no pueden hacer otra cosa que remitirse a los hechos concretos: He matado a un hombre llamado Phillips Fothergil cuya documentación estaba en regla, lo mismo que la de su esposa Gladys Mayrand. La única solución estriba en atraparlos, obligarles a confesar y demostrar con ello mi inocencia... y la «no juzgable» culpabilidad de mi subconsciente. Por otro lado, Lili, ellos ya han cometido su primer error.

La bellísima detective estaba a cada segundo más desconcertada.

—¡Qué...! ¿Su primer error? ¿Cuál?

—Me extraña, muñeca, que tú no lo hayas captado. Está feo que una profesional deje escapar detalles tan elementales y fundamentales.

Tras una pausa de breves segundos le hice la revelación. Y sin asombro esta vez, articuló:

—¡Claro! Pero... ¿cómo no me habré dado cuenta de eso?

—Es lógico, Lili —me sentí feliz al disculparla—. Las emociones, el nerviosismo, el terror que has pasado... Si yo, con toda sinceridad, he de confesarte que hay momentos en que dudo si todo esto está sucediendo en la realidad o es sólo una tremenda e interminable pesadilla.

—Yo... —Me miró con sus profundos, enormes, magníficos, sensacionales ojos ámbar—. John, soy una realidad.

—Por supuesto, linda.

Y la besé, en busca de la prueba fehaciente que disipara cualquier posible duda. No. Una boca como aquélla, tan encendida, tan roja y dulce, no podía ser fruto de un sueño y menos de una pesadilla.

—John... de haberlo sabido, no hubiese aceptado las instrucciones del doctor Anslinger respecto a que te atendiera con el mayor interés.

—¿De verdad, morena? ¡Pues has disimulado lo tuyo!

—¡Cínico!

—Preciosa...

Me atendió de nuevo con mucho interés. Con el mismo interés que yo ponía en besarla.

—John... —suspiró—, soy una solemne embustera.

Me sorprendió la confesión y pregunté:

—¿Por...?

—Porque no hubiera hecho falta que el doctor Anslinger me dijera...

En previsión de evitar males mayores, en conciencia de los hechos, en un sentido egoísta de aprovechar al máximo el tiempo de que disponía para demostrar algo que iba a ser muy difícil de demostrar, corté sus peligrosas explicaciones, preguntando:

—¿Nos vamos, pequeña?

—¿Irnos...? ¿Adónde?

Sonreí oscuramente.

—Cuartel general de Eirik Sadell. Sabes dónde está, ¿no?

Afirmó con su cabeza de oscuros cabellos, que la oscuridad del interior del coche hacía de un color azulado, musitando:

—710 de Kingsland Road, «Lowe Boite».

—Correcto —cabeceé yo también—. Eso está hacia el norte de Londres y bastante lejos de aquí.

¿Te importa que conduzca yo?

—En absoluto.

Sin salir del estupendo «Jensen», cambiamos de asiento. Peligroso cambio cuyo peligro evitó la urgencia que yo, especialmente, tenía. Porque pese a mi modo de producirme y a la aparente temeridad de que estaba dando muestras desde que huyera del edificio del Quai Victoria, sabía muy bien que me estaba jugando la vida en el canto de un chelín.

Puse el vehículo en marcha y, cuando por Southwark Street alcancé la Gracechurch St., dejando atrás las riberas del Támesis, pisé de firme el acelerador.

Lili, algo medrosa, se aplastó contra mi flanco izquierdo.

El «Lowe Boite» no era un *night club* vulgar y corriente.

Y muchísimo menos su espectáculo, de cuyo *show*, famoso en todo Londres, destacaba la fabulosa *vedette* Gail Hopkins.

Gail era una *strip-teaser* de auténtica excepción que había sabido convertir un espectáculo tachado de inmoral en un juego de coreografía del que se apreciaba por un igual su arte y su exuberancia física.

Cuando entramos en la sala acababan de oscurecerse las luces, de amortiguarse mejor dicho en un paulatino descenso de intensidad. Se hizo un silencio tenso, tras los últimos acordes de la orquesta, que daban por finalizado el número anterior del *show* de noche en el «Lowe Boite».

Lili y yo nos acomodamos en una de las pocas mesas cercanas a la pista que quedaban libres y no tardó más de un minuto en aparecer el camarero.

—¿Qué van a tomar los señores?

Interrogué a la detective con la mirada.

—Un «Martini» seco —musitó.

—Que sean dos —rectifiqué.

Toda la concurrencia tenía los ojos clavados en la pista con su forma de media luna, su suelo encerado, brillante, que semejaba un extraño espejo de pulido cristal negro bajo los focos que empezaron a hacinarse en un punto determinado de los tupidos cortinajes de terciopelo rabiosamente amarillo que separaba la sala de las dependencias privadas del local.

Vino de nuevo el camarero con los dos combinados secos y, al retirarse, susurré, inclinándome hacia el oído de Lili:

—Es el momento, muñeca. Espérame aquí.

Me miró, encendidas con enfado sus inmensas pupilas ámbar.

—¿Otra vez...?

—Lili, chiquilla, trata de entender. Ya entrarás en acción cuando sea necesario. Esto es asunto totalmente mío.

—Tuyo, sí. De acuerdo, John. Procuraré no morirme de incertidumbre o aburrimiento.

Tomé una de sus manos para llevarla a mis labios y rozarla con éstos fugazmente. Acto seguido, aprovechando y buscando la oscuridad, me alejé de la mesa Justo cuando empezaban a sonar unos tambores con aire africano a lo Lecuona. Un sonido rítmico, vibrante cálido, que se fue intensificando más y más, desde su principio lento y tenue. Y siguió creciendo hasta alcanzar un rítmico frenético, trepidante.

Para enmudecer de repente. Para recibir en absoluto silencio la aparición de Gail Hopkins y saludarla después con un redoble furiosamente estremecedor. Había surgido de entre los cortinajes como una gloriosa y mitológica diosa del pagano amor y la belleza; lo que era.

La concurrencia, absorbida por la emoción culminante de aquel momento crucial, crítico, estaba hipnótica mente atraída hacia la pista... ¡Me estremecía con sólo pronunciar con el pensamiento la palabra hipnosis! Pero pude moverme con absoluta libertad gracias a... gracias a Gail Hopkins, introduciéndome por los cortinajes de donde ella había salido.

Un pasillo por el que avancé... sólo unas yardas.

Porque el tercer gorila de la noche me salió al encuentro.

Había surgido por el cercano recodo del corredor que al principio señalaba con letras rojas y bien visibles un: *No admittance*, de considerable tamaño.

¡Menudo fulano! Alto. Granítico. De cabeza rapada. Con maneras de guardaespaldas a lo «Goldfinger».

—¿Qué se te ha perdido por aquí, pequeño? —me preguntó con sorna, guturalmente.

Después de seguir mirándolo unos segundos con todo detenimiento me impuse de que una sola de sus manazas era suficiente para convertirme en una especie de sémola de carne. Yo no soy un alfeñique. En el Yard se consideraba mucho la constitución física de sus militantes. Pero después de la susodicha inactividad, de los encuentros con Lou y Elmer... aquello empezaba a ser demasiado.

—La brújula, «cariño» —repuse sonriente, dando por sentado que no iba a reírme la gracia.

—¡La madre que te...! —farfulló, soplando como una máquina de vapor del siglo pasado al ponerse en movimiento.

Tuve que retroceder a marchas forzadas para eludir con un mínimo de garantías su peligrosa embestida, puesto que se me venía encima con la fuerza y violencia de un ciclón. Con el viento solo, era fácil pillar una bronconeumonía. Pero yo, que por lo visto estaba lanzado por un terraplén de locura suicida, en pletórico alarde de reflejos y equilibrio, conseguí esquivarle, usar un infantil ardid llamado zancadilla y ver cómo se estrellaba de bruces en el

piso.

Más, pese a su mastodóntica naturaleza, igual que sucediera con Lou Redgrove, revolvióse con una agilidad casi felina e impropia de su peso. Me vi un tanto sorprendido, y no con agrado, por su fulgurante reacción. Inyectados los ojos en sangre soltó un par de imprecaciones obscenas antes de volver a la carga.

—¡Te haré pedazos, desgraciado!

Por supuesto que iba a conseguirlo si se lo había propuesto, pero aun así, fui lo suficiente temerario como para esperarle de pies entreabiertos y pecho al descubierto. En un abrir y cerrar de ojos me dio una nueva demostración de que su peso no le impedía en absoluto moverse con una agilidad a lo línea James Bond. Fue el suyo un salto casi perfecto... ¡Qué «casi»!, un salto perfecto por la precisión y exactitud de cálculo, resultando de él que dos zarpas de hierro se cerrasen alrededor de mi garganta oprimiendo con furor homicida. Pero, por rápido y ágil que fuese, la diferencia de peso entrambos me proporcionaba una ventaja de flexibilidad con la que necesariamente, si quería salir con vida, tenía que jugar pronto y bien.

La única ventaja. Y tuve que «exprimirla» al máximo.

De esta manera: Primero, un hábil corte de cintura agachándome al tiempo que golpeaba por el interior sus antebrazos obligándole a soltar mi cuello. Segundo, apelando al nada académico recurso de clavarle la rodilla derecha allá... allá donde iba a dolerle mucho. Poco ortodoxo, sí. Poco anglicano, también. Pero el mastodonte se encogió bruscamente barbotando toda clase de obscenidades y acariciándose con ambas manos la dolorosa parte castigada. Tercero, haciéndome atrás vertiginosamente para apoyarme en tierra, a la inversa, con la palma de las manos, proyectando los pies contra su faz haciendo acopio de todas mis humanas fuerzas.

Conseguí que, retorciéndose como estaba, se diera un terrible espaldarazo en el suelo. Acto seguido, mucho antes de que tuviera tiempo de sorprenderme con otra de sus inesperadas reacciones, salté sobre él despojándole de la americana «*Parabellum*» cuya culata había asomado por detrás de su chaqueta en el transcurso de la pelea. Se la mostré a su propietario con el cañón por delante y el dedo puesto en el gatillo.

Aún seguía contorsionándose, bufando, gruñendo como una bestia herida, como una mala bestia... Eso es lo justo.

—Te ves bien así, «querido» —me burlé.

Ciego de furor, apretadas todavía las manos sobre la parte del cuerpo que tan brutalmente le había castigado, barbotó colérico, rabioso:

—¡Te juro...! ¡Ooooooh! ¡Te juro que... he de hacerte pedazos, hijo de cien mil perras!

Sin dudarlo, le metí la puntera del zapato derecho en el centro de su cochina boca.

Soltó un par de salivazos sanguinolentos. Y sólo el ominoso cañón de su propia «*Parabellum*» impidió que pese al dolor que lo acometía se lanzara hacia mí verdaderamente dispuesto a despedazarme.

—Es posible que algún día me hagas pedazos, cerdo. Pero no será ahora, desde luego.

Pestaña, haz un solo movimiento que tenga visos de agresividad y tardarás un par de segundos en comprobar que el plomo nada entiende de hombres fuertes... de hombres bestias. No tengo interés en liquidarte, pero eso no significa que vaya a vacilar si me obligas a darle al gatillo. Con cuidado, con infinito cuidado, poniendo tus cinco sentidos hasta en el respirar, levántate... ¡Rápido!

Seguía haciendo extrañas contorsiones, gruñendo, profiriendo insultos entre dientes, maldiciones y amenazas.

—¡He dicho que te levantes, puerco! —repetí, sin ironía, sin burla, ominoso, fríamente ominoso.

La mole, dando por sentado que bien podía esperarse la comprobación de que el plomo nada entendía de hombres bestias, se puso en movimiento, pendientes sus malignos ojillos castaños del largo cañón de la automática que, tras arrebatarse, yo empuñaba con significativa firmeza.

—Te arrepentirás de esto, bastardo —volvió a amenazarme.

Yo le obsequié con una de mis mejores sonrisas.

—Dé acuerdo, eunuco. Es posible. Pero ahora echarás delante de mi rumbo al cubil de esa alimaña que se hace llamar señor Eirik Sadell. ¿Entendido? ¡Ah!, no vayas a olvidarte de que te sigo con el dedo en el gatillo y de que lo apretaré con sólo intuir que vas a

gastarme alguna marranada.

¡Andando!

Me hice a un lado para dejarle paso, siguiéndole después a una distancia prudencial. Caminamos hasta el fondo, lugar donde el corredor se bifurcaba a derecha e izquierda. La mala bestia, cuya descomunal espalda encañonaba, dobló por la diestra, avanzó una media docena de yardas, se detuvo frente a una puerta, me miró y dijo:

—Aquí es.

—Pues demuéstreme tu exquisita educación, pidiendo permiso para entrar... ¡Llama, imbécil!

Dio un paso y golpeó la puerta de forma totalmente normal, cuidándose muy mucho de andarse con señas o tonterías. No esperó a que lo autorizaran desde dentro porque tras los golpecitos hizo girar la manecilla de la puerta.

Rápido, me acerqué, alzando el pie derecho, clavándoselo en los riñones y proporcionando a su bestial naturaleza una velocidad de vértigo que le hizo atravesar la estancia y volcarse materialmente encima de la mesa de despacho.

Hice acto de presencia, «*Parabellum*» por delante, gritando, al tiempo que movía el cañón en semicírculo:

—¡Quietos...! ¡Al menor motivo os lleno de plomo! ¡Vosotros... de espaldas a la pared!

¡Deprisa!

«Vosotros», eran otra pareja de bestias de la misma raza que la que me había servido de cicerone. Obedecieron porque mi expresión decidida y ominosa no era para andarse con tanteos.

Salté hacia ellos descargando, velocísimamente, por dos veces en cada nuca, con fuerza demoledora, el contundente filo de la culata de la «*Parabellum*».

Se desplomaron sin proferir una exclamación.

—¡Qué diablos es esto...! —rugió el tipo que estaba tras la mesa, alzándose de un brinco.

—No te muevas, Sadell... No te muevas, porque te baleo por menos de nada y le doy al Yard la alegría más grande de toda su existencia.

Ahora me reconoció. Se me quedó mirando con asombro, diríase que con estupor.

—¡El ex, *surintendent* Grantley...! —articuló, muy abiertos los ojos.

—Sorprendido, ¿eh? Porque suponías que Lou Redgrove me había entregado a mis excolegas o, como mal menor, me había liquidado. Pues ya ves... pero siéntate, siéntate, y conserva en todo momento las manos encima de la mesa.

Eirik Sadell me miraba, confuso todavía, con una mezcla de temor y desprecio. Era, por su apariencia física, todo un *gentleman*. Debía contar, más o menos, unos cuarenta y tres años de edad.

Alto, atlético, bien formado y agradables las facciones de su rostro... mejor dicho, lo hubiesen sido, de no mediar la expresión cínica y cruel que solía lucir con frecuencia. Sus ojos eran negros, vivos.

La nariz larga, de un solo trazo, y la barbilla firme, enérgica. Aunque ahora, con mi llegada inesperada e intempestiva, Sadell había perdido gran parte de su energía. Tenía los cabellos de un tinte oscuro abrigado con el contraste de unos aladares grisáceos.

Unos instantes aparté mis ojos de la faz de Eirik para recorrer la escultural figura de aquella rubia despampanante que estaba perezosa y lánguidamente tendida en el sofá que ocupaba el ángulo interior izquierdo, bebiéndose un *whisky* con perezoso ademán. Llevaba un vestido color piel de tigre que recortaba todo lo que la madre naturaleza le había otorgado en un alarde de generosidad, perfección, belleza... Un derroche primoroso de la quinta esencia femenina.

¡Vaya mujer!

—¿Qué quiere de mí, Grantley? —inquirió con voz ronca el primer *racksetter* londinense.

Avancé unos pasos para propinarle un suave puntapié al mastodonte que me acompañara y que se había quedado medio derrumbado encima de la mesa. Ahora, se fue de narices a tierra.

Cambiándome la «*Parabellum*» de mano, repuse:

—Quiero, Sadell, hacer contigo lo que no pude cuando era miembro del Yard. Tú me entiendes, ¿cierto?

—No.

—¿Por qué enviaste a Lou Redgrove?

—No sé de lo que me está hablando, Grantley.

Sonreí, aunque no muy divertido.

—¿De veras? —Y cuando quiso darse cuenta me había plantado frente a la mesa y estrellado la culata del arma en mitad de su rostro cínico. Inquiriendo—: ¿Sigues sin saberlo?

Le había chafado la nariz con tanta fuerza que empezó a brotar de ella un tumultuoso chorro de sangre.

Eirik hizo ademán de agresión y yo me fui hacia atrás mostrándole la automática, al tiempo que decía ominoso, letal:

—¡No juegues, Sadell! He venido dispuesto a matarte... Te doy mi palabra de honor. ¡Siéntate!

Obedeció, a la vez que empezaba a limpiarse el caudal de sangre. Y la rubia, que no parecía inmutarse, que dentro, del vestido tigre estaba hecha una verdadera fiera con necesidad de domarse, estirando por encima del respaldo sus fabulosas piernas, murmuró:

—Querido... dile lo que sea y que se largue. De lo contrario te va a estropear mucho la cara y no me gustarás luego.

—¡Cállate, zorra! —barbotó frenético.

—Eirik Sadell —pronuncié despaciosamente—, es la última vez que te pregunto: ¿Quién te pagó para que enviases a Redgrave al domicilio de la detective Leigh?

—Grantley... —hablaba con un vibrante matiz de odio en su voz ronca, gutural—, tiene usted en la mano todos los ases de la baraja... ¡Pero me las ha de pagar!

Me fui a él machacándole la nariz por segunda vez.

—¡Aaaaag!

—¿Quién y por qué, Sadell? —insistí, sin tregua, sin piedad... sin una piedad que no estaba dispuesto a tener con nadie y menos con un tipo de la condición de Eirik.

—¡Lawrence Howard! —Escupió, por entre la sangre que ahora manaba también de su boca. Repitiendo—: ¡Lawrence Howard!

—Correcto —acepté con voz fría—. ¿Quién es Howard? ¿Qué te ha dicho?

—¿Puedo... puedo sacar un pañuelo?

—Pero solo... un pañuelo, Eirik. Si te confundes y sacas además una pistola, te clavaré en esa silla a balazos.

No se confundió. Yo tenía la completa seguridad de que no se confundiría. Luego de pasarse el pañuelo por el rostro varias veces,

inclinando la cabeza para no mirarme, repuso:

—Howard es un falsificador profesional. El más experto de todo el Reino Unido. No hace mucho tiempo trabajó para mí y desde entonces no había vuelto a saber de él hasta hoy por la tarde. Según me ha dicho, trabaja por su cuenta y...

—Al grano, Eirik, al grano. No me hagas una sinopsis de la historia del hampa londinense. ¿Qué te ha dicho el amigo Howard?

—Bueno... me ha ofrecido la sorprendente cantidad de cinco mil libras por enviar de inmediato uno de mis mejores hombres al 218 de Oxford Street, concretamente al despacho de la detective Lili Leigh, para que la matase a ella y lo mantuviera a usted inmóvil, luego de hacerle llamar al Yard, hasta que sus excompañeros llegasen... estuviesen llegando mejor dicho.

—¿Qué tiene contra mí ese Howard?

Siguió limpiándose la sangre, al tiempo que se encogía de hombros. Me contestó:

—Lo ignoro. No me ha dado más explicación que esas cinco mil libras y la referente a lo que debía hacer Redgrove. Matar a la detective, obligarle a usted a telefonar a Scotland Yard y tenerlo inmovilizado hasta que llegara la policía.

—Sadell, supongo que comprendes que lo que acabas de decirme es suficiente para llevarte a presidio de por vida, cosa que Scotland Yard trata de conseguir desde hace muchos años...

—¡No tiene testigos!

—Ni me hacen falta, porque no pienso acusarte de nada. Pero óyeme bien, hampón asqueroso: Si tú o alguno de tus pistoleros se vuelven a cruzar en mi camino, volveré aquí para llenarte la tripa de plomo. Espero que lo hayas comprendido bien. Y ahora... ¡venga la dirección de ese Howard!

Quiso inhibirse, murmurando:

—No sé. No lo sé... ¡Le juro que ignoro su domicilio!

Me fui otra vez hacia la mesa, pero despacio, muy lentamente. Para inclinarme unas pulgadas y situar la boca del cañón de la «*Parabellum*» casi rozando la frente del *boss*. Preguntando con un acento helado que hasta en mi propia persona produjo estremecimientos:

—¿Dónde vive Lawrence Howard? Cinco segundos para responder... o te mato.

Vi proyectarse su nuez garganta afuera por la mucha saliva, quina y bilis que estaba tragando.

Apenas con un hilo de voz, respondió:

—Tercera puerta, segunda planta. 81 de Ladbroke Grove.

—Bien, Sadell. Espero que tu memoria te haya sido todo lo fiel que necesitas para conservar la vida. Y si supones que no te ha sido «fiel», rectifica ahora que aún estás a tiempo...

—¡Es esa dirección! ¡Le juro que es ahí, Grantley!

—Tú verás lo que haces, Eirik. Ponte de pie y vuélvete de espaldas. Pero sin excesivas prisas ni sin excesiva lentitud, ¿eh? Buscando ese término medio que es el equilibrio de la vida y de los actos del ser humano. Ya, empieza.

Interiormente sentí una enorme satisfacción al ver con qué miedo me obedecía quien llevaba casi más de una década burlándose de la impecable, eficiente y efectiva policía londinense. Con mucha satisfacción también le estrellé la culata en mitad de la nuca para que, como sucedió, se fuese a tierra llevándose la silla giratoria con el subsiguiente estrépito.

—¡Magnífico, extraordinario...! —Me aplaudió la fiera rubia de anatomía exuberante, alzando su vaso de *whisky* en simbólico brindis. Y agregó—: Ni aún jurándomelo de rodillas hubiese creído que existiera un tipo capaz de causar semejante destrozo en el cuartel de Eirik.

La miré, sonriendo despectivo, porque entre otras cosas me recordaba a la falsa y sádica *lady* Sandra Matheson. Dije:

—Aún eres muy joven, tigresa. El distinguido y selecto medio ambiente que has elegido para desenvolverte te irá enseñando cada día una cosa nueva a cual más provechosa. No olvides decirle a Eirik cuando despierte que si tiene la ocurrencia de iniciar una represalia... lo mataré. Dile también que he perdido aquel sagrado concepto de la ley y la justicia que él conoce en mí. ¡*Good evening*, encanto!

Por el pasillo me crucé con Gail Hopkins que regresaba hacia su camerino tal cual terminaba su numerito de *strip-tease*. Me «picó» el ojo derecho. ¡Y que yo descubriera tan tarde, tan a los treinta y uno, que en la vida había algo más que conceptos sólidos, leyes, justicia...! Sí, lo recuerdo, nunca es tarde cuando la dicha... pero no había dicha que compartir con Gail si deseaba disponer de los

suficientes años para compartir muchas dichas con muchas «Gail».

Regresé a la mesa sin nuevos obstáculos ni contratiempos. Llamé al camarero para abonar los dos «Martini», y le dije a Lili:

—Vámonos enseguida.

—¡Pero...! —protestó—. ¿Qué ha sucedido, John?

—Luego, fisgona, luego —y prácticamente la arrastré de un brazo hacia la salida del «Lowe Boite».

OTRA PINCELADA DE HORROR

Teníamos que atravesar la ciudad a todo lo ancho, puesto que Ladbroke Grove está en la punta norte, pero al este.

Conduje yo.

—John, John, ¿quieres explicármelo de una vez?

Sin mirarla, atento al aún nutrido tráfico que circulaba por las arterias de la populosa Londres pese a lo avanzado de la hora, le sonreí.

—Lili, de veras que después de haberte conocido casi doy por bien empleado por qué te he conocido. Eres deliciosa, pequeña.

—¡Estás completamente loco!

—Prueba a darme un beso... quizá se me pase.

—¡No!

—Bueno. Pues callaré.

—¡No!

—¿Un beso, Lili?

—Hum... —Torció su roja boquita. Y la puso en la mía con menos fugacidad de lo que yo esperaba. ¡Deliciosos labios los suyos, delicioso beso el que acababa de ofrecirme! Pero, mujer al fin y al cabo, preguntó de nuevo—: ¿Cómo te ha ido con Eirik Sadell?

Empecé a responderle cuando enfilaba a velocidad más que suicida la Bayswater Road, terminando cuando torcía para adentrarme en Queensway St.

—¡Cada vez lo entiendo menos! —Oí que exclamaba—. ¡Un falsificador...! ¿Y qué pinta un falsificador en todo esto, John?

—¡Ah...! ¿Me lo preguntas? Suponía que la detective en activo eras tú.

—John, por favor, no te empeñes en zaherirme a cada instante. Si quieres, reconoceré por escrito que eres más inteligente que yo, más intuitivo, mucho más policía... lo que quieras. Pero respóndeme.

Ya nos estábamos acercando a nuestro punto de destino.

—Un falsificador, Lili —dije—, puede haber jugado el importantísimo papel de extender unos documentos que han pasado por genuinos y han creado a dos personas que en realidad no existen: Phillips Fothergil y Gladys Mayrand. Y además, eso lo sabemos concretamente, se ha encargado de contratar a Sadell por orden de esa pareja de monstruos, para que tú fueses eliminada y yo entregado al Yard. Ambos somos un grave peligro para su seguridad, y lo saben. Y nos temen. Y no nos subestiman. Al contrario, tratan de impedir por todos los medios que podamos llegar hasta la verdad.

—¿Supones que Howard puede ayudarnos a aclarar algo, John?

—Algo, no. Mucho, sí.

Y puse el pie encima del freno. Lili, rápida, autoritaria, exclamó:

—¡Ah, no, ni hablar! ¡Esta vez no me quedo aquí sola, esperándote!

—De acuerdo, mandona.

Se cruzó con nosotros un vendedor ambulante de periódicos voceando algo que, por resultarme familiar, llamó de inmediato mi atención.

—¡Eh, muchacho!

—Enseguida, señor. ¿Cuál quiere?

—Dame el *The Daily Telegraph*.

Lo que por familiar había llamado mi atención lo encontré en la primera página. Y viéndolo, casi podía considerarse un verdadero milagro que el vendedor no me hubiese reconocido, ya que, en el centro, grande y nítida, lucía una foto de busto del *exsurintendant* John Grantley, bajo el siguiente rótulo sensacionalista en letras de molde:

«¡¡Un Jack el Destripador del siglo xx!! ¡¡Suelto por
entre la niebla de Londres!!

»Horrible asesinato en un viejo castillo del medioevo. Un hombre, llamado Phillips Fothergil, víctima del sadismo de un perturbado mental exmiembro de Scotland Yard.

»Luego de haberle descerrajado tres balazos, lo tritura con un hacha hasta reducirlo a fragmentos de

carne y hueso. ¡¡¡Inaudito!!!!

»¡¡Consigue huir en las mismísimas barbas del Yard!! John Grantley, *exsurintendent*, ha escapado del edificio de Scotland Yard, en el Quai Victoria, donde había sido llevado por los inspectores del

C. I. D.

y Departamento de Homicidios que han logrado detenerlo en el escenario de su monstruoso crimen.

Mistress Gladys Mayrand ha hecho unas declaraciones exclusivas a nuestro reporter sensacionalista acerca de los pormenores del horrible asesinato, las cuales publicamos en la página central.

»¡¡Un asesino en libertad!!

»¡¡Un sádico monomaniaco dispuesto a derramar océanos de sangre!!

»¿Qué está haciendo la policía?».

Sentí unas enormes tentaciones de estrujar el periódico entre mis manos haciéndome la feliz idea de que era el gajate del maldito imbécil que había redactado el artículo.

—¡Cerdos repugnantes! —farfullé—. ¡Emborrona cuartillas indecentes! ¡Son como aves de rapiña! Husmean y husmean hasta encontrar la suficiente carroña que les permita revolcarse a gusto.

Lili, por encima de los tacones de sus zapa ti tos y adelantando la cabeza a mi hombro, leía la primera página.

—¡John...! —exclamó—. ¡John! ¡Tienes que ocultarte! Dentro de pocas horas las tres cuartas partes de los habitantes de Londres habrán visto tu fotografía y la retendrán meticulosamente en la memoria...

—¡No puedo esconderme, diablos! —estallé con rabia, haciéndome la feliz idea de que estrujaba el gajate de «papel». Mirándola y tratando de calmarme, susurré—: Perdona, Lili. Creo que me estoy poniendo nervioso. Y hace cuatro días hubiera jurado que no tenía nervios o, al menos, que no podía excitarme de este modo.

—Lo comprendo, John, comprendo tu estado de ánimo. Pero... comprende tú también que para evitar que tus excompañeros te «cacen» debes ocultarte de inmediato.

—Lili, de veras, te lo prometo... ¡eres una chica maravillosa! Con unos ojos preciosos y una boca de rubí. ¿Por qué te tomas tanto interés? En realidad, apenas me conoces; en realidad, no sabes si te he mentado.

—En realidad —murmuró—, eres un hombre extraordinario que estoy completamente segura que no me ha mentado. ¿Interés... has dicho interés? Es un caso intrigante, ya te lo he comentado antes, ¿no? Como detective que soy, me apasiona. Y... ¡y no quiero que pagues por una monstruosidad a la que conscientemente estás ajeno! John, por favor, hazme caso...

—No.

—¡John... te lo suplico! Yo seguiré adelante con las investigaciones.

—Es inútil, Lili. No insistas.

—¿Quieres que te juzguen... que te condenen... que te sentencien a morir ahorcado?

—¡No, diablos, no!

Ella, excitada también, encendido su hermoso rostro, chispeantes los maravillosos ojos ambarinos, se desesperó:

—¡Entonces, entonces...! ¿Qué es lo que quieres, John?

Me encogí de hombros, un tanto abatido, sintiendo que la desmoralización empezaba a filtrarse en mi ánimo como el agua de la lluvia por las paredes resquebrajadas de un viejo edificio.

Repuse, con voz apagada:

—Terminar de una vez. ¡Sea como sea!

Lili se aferró a mi brazo derecho apretando con esa fuerza insospechada que otorga el nerviosismo vehemente. Estalló:

—¡No... no lo permitiré!

Sonreí.

—¿Y cómo... «no lo permitirás»?

Su respuesta, muy distinta a lo que yo esperaba oír, me desarmó, digamos que deshizo todos mis argumentos. Porque con un matiz cálido, apasionado me atrevería a decir, me contestó:

—Suplicándote, de rodillas si es preciso, que me escuches. Que hagas lo que yo te pido... ¡John, que lo hagas!

Mi pregunta, como a mí su respuesta, la sorprendió por completo:

—¿Es posible que te hayas enamorado de mí tanto... en tan

pocas horas, Lili?

La mujer ocultó su bellísimo rostro. No quiso que yo la viera enrojecer, contestar con una elocuencia, más elocuente por lo callada, a mi pregunta. Pero Lili, al fin, demostró ser una muchacha valiente y decidida. Dijo, sencillamente, pero con gran firmeza en la voz:

—Sí.

Me detuve en seco, giré hacia la derecha, busqué su barbilla en la oscuridad de la noche para alzar aquella cabecita de hebras sedosas y azabaches; murmuré:

—Lili... no merezco eso. De veras. No merezco un amor así.

Se alzó unas pulgadas más para besarme tenuemente. Y susurrar:

—Sí, John, lo mereces. Mereces mucho más. Mereces toda la felicidad que sin saberlo has estado deseando en el transcurso de esos meses de soledad, abstraimiento, que han sido el castigo injusto que has dado a una culpa inexistente. Pero... volvamos al presente, al hoy, a lo que importa.

¿Qué me respondes?

—Es aquí... —le señalé el negruzco portal que lucía el número 81 de Ladbroke Grove. Y al instante—. Aprovechar al máximo esas horas que tú has dicho que tardarán en enterarse las tres cuartas partes de los habitantes de Londres que se busca a un peligroso asesino llamado John Grantley, cuya fotografía, obvia, retendrán en su memoria con minuciosidad de detalles.

—¡Pero...!

—Sé buena chica, detective. Si pasadas esas horas no conseguimos resultados, no consigo mejor dicho resultados positivos, me esconderé... y tú tomarás la iniciativa de las investigaciones. ¿De acuerdo?

No pareció estar muy de acuerdo ni demasiado convencida. Pero, no obstante, contestó:

—Bien. Como tú digas, John.

—¿Enfadada?

—Dolida... quizá dolida, porque tengo la sensación de que no confías demasiado en mis posibilidades.

—Lili, pequeña, te juro que no es eso. Es... trato... ¡diablos! Quiero impedir que corras riesgos.

—Estoy acostumbrada...

—Anda, vamos —la tomé del brazo echando hacia dentro del portal señalado con el 81—. Howard es pieza clave... o al menos, lo creo así.

En silencio, subimos por la escalera de peldaños desgastados con la tenue luz del fósforo que sostenía entre los dedos de mi diestra, y que para no quemarme tenía que ir sustituyendo a cada instante. Lili, a mi lado, se apretaba temerosamente, por miedo a caer, contra el brazo izquierdo para su apoyo sostenía yo en alto.

Llegamos al segundo rellano.

Frente a la tercera puerta.

Apagué el fósforo de un soplo y sin encender otro golpeé tenuemente la hoja de madera.

Una sensación de anormalidad invadió de repente mi cerebro. Porque la puerta... habíase abierto al solo contacto de mis nudillos. Traté de no pensar deprisa para razonar con la mayor lucidez. Inútil.

Mis nervios, aquellos nervios en cuya, existencia no creía, estaban tensos, estirados, a flor de piel.

Susurró Lili:

—Está abierta...

—Entremos...

Avanzamos, en medio del agobiante silencio, hacia el interior del piso, tratando en vano de escudriñar, romper con nuestros ojos las tinieblas que reinaban por doquier. Acechando, con la respiración contenida, a quien nos pudiera acechar. Percibiendo con una nitidez de eco fantasmagórico el golpear de nuestros corazones dentro del pecho. Latidos... latidos que mejor eran tañidos de tétricas campanas funerales.

—John...

—¡Lili, no hables!

Seguimos adelante con extremada lentitud, con la mayor cautela.

De súbito, ambos, instintivamente, nos inmovilizamos.

¿Un ruido? ¿Indicios de otra presencia humana?

No... los nervios, el estado de ánimo que empezaba a traicionarnos.

Nada.

Fui tanteando la pared del pasillo que desde el recibidor se

adentraba en el piso confiando encontrar una llave de la luz. En efecto, mis dedos se tropezaron con el conmutador esperado y lo hicieron girar... otra vez otra, y nada. Una avería, intencionada o no, había dejado el piso de Lawrence Howard sin fluido eléctrico.

Llegué al extremo de hacerme una pregunta que jamás hubiera soñado formularme. ¡Eran tantas las cosas que había hecho en poco tiempo y de las que nunca, me hubiese creído capaz!

¿Miedo? ¿Tenía miedo?

No. No podía tenerlo. Mi consciente, subconsciente, o lo que diablos fuese, estaba intentando traicionarme, estaba devolviéndome una por una las imágenes de horror vividas en el castillo de los Matheson. Incluso, por un momento, supuse escuchar de nuevo la voz, su voz...

Su voz...

Con enervante cautela, haciendo lo imposible por liberar mi cerebro de aquel inicio de paroxismo, sintiendo la mano de Lili apretada en el interior de la mía, seguí orientándome en la oscuridad...

Seguimos avanzando.

De improviso, se acabó el pasillo como en un extraño juego de magia. Noté el contenido respingo de la bellísima detective, la mortal angustia que la invadía. Me movía, tanteando con el brazo libre en el aire, hasta comprender que nos hallábamos en una sala o especie de *living*.

—¡John... mira! ¡Ese resplandor!

En efecto, no me había percatado de ello. Al otro lado de la sala, frente a nosotros, donde parecía iniciarse un nuevo corredor, fugaces esquirlas de una luz tenue se esparcían por el suelo reverberando con matices escalofriantes.

Sin dudarle, decidido, tiré de Lili, dirigiéndome hacia el lugar de donde brotaban aquellos puntazos de luminosidad.

Una puerta.

Escapaban por debajo de una puerta.

A tientas busqué el tirador para una vez aferrado entre mis dedos hacerlo girar despaciosamente, con lentitud que hizo estremecer, vibrar, el cuerpo escultórico de mi hermosa y enamorada acompañante. Su manita tersa oprimida dentro de la mía me comunicaba todas sus sensaciones.

Al fin, sin que los goznes exhalaran la más leve queja, acabé de abrir la puerta.

La puerta.

El tenue resplandor.

Fue, desde luego, algo que no olvidaría jamás, jamás, mientras viviera. Un lienzo horrendo, satánico, que sólo podía haberse engendrado en la mente de un ser infrahumano, diabólico, de morbosidad y sadismo inimaginables.

Una emoción imposible de describir. Una sensación que rebasaba los humanos límites de la cordura.

Con los ojos desorbitados, sintiéndolos enormes y gigantescos, pesados, contemplé hierático, paralizado por el horror, la monstruosa escena.

Lili, crispada toda ella en un rictus de pánico cervical, había perdido la facultad de hablar.

Porque el tenue resplandor... provenía de las velas introducidas en doce candelabros situados, de cuatro en cuatro, en los respectivos vértices de tres ataúdes.

Sobre el primer ataúd pendía, colgada al techo por los cabellos, la cabeza de un hombre cuya garganta horrorosamente seccionada goteaba sangre...

Chop, chop, chop, chop...

Del ataúd del centro surgía el mango de un hacha enorme, y encima, colgado del techo, el tronco de un cuerpo humano que regaba de sangre el interior del féretro...

Por encima del tercer ataúd danzaban unas piernas masculinas amputadas, sujetas al techo, derramando hilillos de un líquido denso, viscoso, rojizo, hilillos de sangre...

Chop, chop, chop, chop...

Aquello era el summum de la monstruosidad. Aquello era el negarse uno mismo la existencia en un mundo real. Aquello era enloquecer para siempre sin esperanzas de recobrar la lucidez del cerebro.

Chop, chop, chop, chop...

Las vértebras cervicales se me habían trocado en bloques de hielo. Los cabellos de la nuca los tenía erizados como cerdas de un cepillo de dientes. Todo yo, estático, ajeno ya a cualquier emoción terrena, supuse deslizarme por encima de un tobogán de

mefistofélico tapizado a velocidad vertiginosa. Ambos, lo mismo ella que yo, estábamos prendidos en el hechizo exacerbadamente morboso de aquel cuadro arrancado del museo del averno.

—¡Cristo bendito...! —conseguí murmurar tras aquel silencio que lo mismo podía haber durado segundos, minutos, horas, días o años.

De repente, noté cómo el cuerpo de Lili se convulsionaba.

—¡¡¡Aaaah...!!!

Suponiéndolo, llegué a tiempo de aplastar la mano libre encima de su boca, ahogando así el espeluznante alarido que sus labios comenzaban a exhalar.

Luego, de inmediato, se desmayó.

Circunstancia también previsible, por lo que conseguí evitar que cayese al suelo, sosteniendo su cuerpo cálido, inánime, entre mis brazos.

Miré, con mi dulce carga en alto, el trío de féretros y los horrendos aditamentos que sobre cada uno colgaban y que, sin duda, antes de ser separados, descuartizados de aquella forma brutal, formaban el cuerpo de un hombre llamado Lawrence Howard.

La locura... era la locura.

Y entonces, dentro del desconcierto al que el horror de aquella visión me había precipitado, escuché... ¡¡escuché su voz!!

Su voz.

A mi espalda.

Su voz.

Diciendo:

—John, John, tú no puedes negarte a nada de lo que yo te pida. John... ¿lo recuerdas? Vuélvete, John. Vuélvete y mírame. Mira mis ojos. ¡Míralos... y di que vas a obedecerme!

Despacio, como un autómatas, fui girando sobre los tacones.

Para tropezarme con Sandra, la sonriente Sandra, y lord Reginald Matheson, envueltos ambos en un haz de luz fosforescente... Empuñando él un hacha como la que empuñara en el castillo, como la que empuñara en casa de Lili, como la que estaba clavada dentro del ataúd del centro.

—John... ¡mírame! ¡Di que vas a obedecerme!

—Sí... sí, ¡voy a obedecerte!

Sandra... Era Sandra... Sandra, la sonriente... Sandra, la hermosa... Sandra, la incitante...

Sandra, la prometedora...

Su voz.

Murmurando con cálido, ígneo matiz:

—John... pase lo que pase no te moverás para nada de esta casa. ¿Comprendes? No te moverás.

John... deja el cuerpo de Lili Leigh en el suelo... déjalo en el suelo.

Obedecí. Espacio. Lentamente.

Y fue al agacharme, al perder sus ojos brillantes y encendidos, al no mirarlos, cuando un latigazo sacudió mi cerebro, lo atronó como si sonase en su interior una aullante sirena de alarma. Comprendí que era lo que estaba sucediendo y comprendí que la única posibilidad de triunfar consistía en imprimir a mi reacción una velocidad infinitesimal.

Seguí agachándome, sosteniendo el cuerpo de Lili con el brazo izquierdo y las piernas, mientras mi mano derecha se hundía en un bolsillo de la chaqueta y se cerraba en torno a la culata de la monumental «*Parabellum*».

Cuando parecía tender a la bella detective sobre el mosaico, saqué la pistola para, guiándome por el círculo fosforescente, disparar de abajo arriba por dos veces.

—¡Cuidado! —gritó una voz—. ¡Ha escapado a tu dominio! ¡Ha liberado el subconsciente!

Lancé para mis adentros un millón de maldiciones.

¡Que yo hubiese marrado un blanco tan fácil!

Ellos ya estaban corriendo por el pasillo. Yo asomé de inmediato, a tiempo de captar el círculo fosforescente que seguía envolviéndolos. Me detuve unos segundos para precisar el tiro con toda clase de garantías y seguridades.

¡Pero el hacha voló hacia mí!

Por segunda vez.

Y por segunda vez evité que su filo agudo partiese en dos mi cuerpo tirándome de bruces al suelo para oírla silbar, enervante, una fracción después, por encima de mi cabeza.

¡Craaaac!

Salté hacia adelante reanudando la persecución con toda la

velocidad que me otorgaban mis piernas.

Y al llegar a la puerta, asomando al rellano con ciertas precauciones, pude comprobar que Sandra y Reginald habían desaparecido como el fuego fatuo. Bueno... contando con que el fuego fatuo no taconeaba al desaparecer, y ellos sí. Pero era inútil seguir. Por otra parte, sin especular con la difícil posibilidad de alcanzarlos, no podía dejar a Lili en aquella habitación llena de horrores. Si volvía en sí encontrándose sola, iba a morir, o cuanto menos a enloquecer de pánico.

Regresé sobre mis pasos.

Y no había terminado de alzar el frágil y cimbreño cuerpo de la hermosa detective cuando el silencio de la noche vióse taladrado por el aullar febril de una sirena policíaca.

Comprendí en un segundo la trampa que habían intentado prepararme aquel par de monstruos con sus diabólicos poderes sobre el subconsciente. La policía, como en el castillo, me hubiese encontrado junto al cadáver horrorosamente despedazado de Lawrence Howard; y el testimonio de Lili, al igual que el del doctor Anslinger antes, no hubiese servido de nada.

Así pensando ya corría velozmente guiado por la intuición en busca de la escalerilla de incendios o emergencia a la que llegué justo cuando el coche-patrulla deteníase frente al edificio enmudeciendo la sirena.

Llevando a la muchacha en los brazos el descenso se hizo penoso, lento, agobiante. Sudaba a mares. Chorros de agua fría brotaban por todos los poros de mi cuerpo empapando las ropas y adhiriéndolas a la piel como pedazos de esparadrapo. Puestos los sentidos en el lugar donde iban descansando mis pies para que ningún crujido pudiese delatar mi presencia, mi huida, llegué al tramo basculante, y de éste, con exacto cálculo de la distancia, al suelo.

Era una callejuela angosta, fétida, de cuyos rincones oscuros surgían oleadas de un efluvio nauseabundo mezcla de orín y excrementos.

Corrí.

Sin saber hacia dónde.

Corrí.

Renunciando a la arriesgada posibilidad de ir en busca del

«Jensen» muy cerca del cual, sin duda, habría estacionado el coche-patrulla de Scotland Yard.

Continué aquella alocada carrera que ignoraba adónde podía conducirme.

Jadeante, extenuado, empezando a comprender que el derroche de energías efectuado en un lapso de tiempo muy reducido se acusaba por todos los músculos de mi cuerpo, me detuve.

Ya las fuerzas no respondían.

Y las energías iban desapareciendo, volatilizándose.

¿Un taxi? ¿Y si el taxista había visto mi foto en el periódico? ¿Y si al verme con Lili en brazos, aunque no me reconociera como al asesino que se buscaba, intuía que yo...?

Caminé, muy despacio, con una firme resolución.

La noche y la niebla, por el momento, eran mis dos mejores aliadas. Seguí, pues, caminando, no sin dar un gran rodeo en busca del lugar elegido, para hurtarme a la posible presencia de alguno de los *cops* que patrullaban por las calles londinenses.

—¿Desea algo más el señor?

Negué con la cabeza.

—No, Percival. Gracias. ¿Ha entendido bien lo que debe hacer si alguien llama?

—Perfectamente, señor. Puede el señor tener la completa seguridad de que sea o no ese sádico asesino...

—¡Percival!

—Perdóneme el señor, ya sabe que soy torpe para expresarme... a veces. Le decía, señor, que puede tener la absoluta certeza de que sus excompañeros no le atraparán aquí.

Sonreí, porque sabía que era cierto. Pero fue la mía una sonrisa apagada, casi lóbrega.

—Gracias, Percival. Puede retirarse.

Hizo la reverencia que venía haciendo desde que entró al servicio de mi abuelo.

—Con el permiso del señor. Que descanse el señor.

Dejé caer la cabeza hacia atrás, por fuera del respaldo del sofá, y al instante sentí un extraño y estremecedor cosquilleo. Porque... había recordado, visto, la cabeza de Lawrence Howard colgando del techo y goteando sangre encima del ataúd.

Transcurrieron menos de cinco minutos antes de que Lili se removiera en el diván donde la habíamos tendido, empezando a dar señales de vida. A partir de este momento, su vuelta a la realidad fue casi inmediata.

—¡John... mi vida! —gimió.

La retuve mucho, muchísimo tiempo, entre mis brazos. Sin dejar de besarle los cabellos y de acariciar su cabecita tiernamente.

Por último, vino lo inevitable. El recuerdo. El horror. Los temblores y estremecimientos, las sacudidas y convulsiones.

—¿Por qué, John? ¿Por qué han hecho una cosa tan horrible?

Empecé por explicarle lo sucedido mientras ella estaba sin conocimiento. Y agregué:

—Lo habían dispuesto todo para retenerme mediante un nuevo juego de hipnosis junto al cuerpo destrozado de ese infeliz. Hubiese llegado la policía, sorprendiéndome, y después de probarse como en el caso del falso Fothergil que no existían motivos para perpetrar semejante monstruosidad... el tribunal hubiese decidido entre enviarme a la horca o a un centro psiquiátrico. Además, han aprovechado para deshacerse de Howard, que ya sabía mucho de sus manejos y representaba, de hablar, un grave peligro para sus planes.

Me miró larga, profundamente, en silencio. Y preguntó después, con voz tenue:

—¿Qué has decidido?

—Lo que tendría que haber decidido desde el principio.

—No te entiendo. ¿Qué quieres decir?

—Birmingham, pequeña. Ir a Birmingham. Ahora. Inmediatamente.

—¡Eso es una locura, John!

—No lo niego, Lili. Pero en Birmingham me aguarda la última posibilidad de éxito... la última esperanza. Ya lo tengo todo dispuesto para partir enseguida.

Los hermosos ojos ámbar chispearon al posarse en los míos intensamente. Y un rictus de preocupación se dibujó en su rostro al efectuar la pregunta cuya respuesta temía saber.

Así:

—¿Solo?

Cabeceé afirmativo.

—Sí. Solo. Porque tú, mi pequeña detective enamorada, tienes algo muy importante que hacer en Londres. Tan importante o más que lo que yo pueda hacer en Birmingham.

—Explícate —dijo, con aquel gracioso aire autoritario que empleaba en algunos momentos—, y yo decidiré si es o no importante la misión que me asignas en Londres.

Tratando de sonreír animosamente, palmeé sus mejillas, rojas ahora como dos apetitosas cerecitas.

Le dije, cosquilleando en su respingona naricilla con el índice de la diestra:

—Eres una detective terriblemente desconfiada...

—Terriblemente enamorada —me corrigió, aupándose para besarme con suavidad. Agregando—: Siempre supuse que sucedería así, John. De repente. Lo que en las novelas se llama «flechazo».

Estaba segura de que la «flecha» se clavaría en mi corazón rápida, inesperadamente, y empezaría a querer al hombre con todas mis fuerzas. Bien... ¿qué hay de mi trabajo en Londres?

Se lo expliqué con todo detalle. Y tuve la suerte de convencerla porque, en realidad, del resultado de las gestiones que acababa de encomendarle, unido al de las mías en Birmingham, podía salir la luz definitiva, la inocencia de un subconsciente homicida... o la condena de un consciente honrado.

Me infundió una extraordinaria alegría, una seguridad en mí mismo enorme, el que la viera sonreírme abiertamente.

—No fallaré, John. Y tú... ¿cuándo regresarás?

—En el momento que haya obtenido los informes que necesito. Te llamaré por teléfono y volveremos a reunirnos aquí. Es, por paradoja, el lugar más seguro. Ni Scotland Yard ni ese dúo de monstruos pensarán por un instante que tengo el atrevimiento de ocultarme en mi propia casa. Lili, si no te importa, me llevaré tu auto.

Me besó.

—¿Importarme?

La besé.

—Confío en que cuando aparezca por Ladbroke Grove los del coche patrulla ya se habrán largado.

Nos besamos.

CAPÍTULO IV

Había tomado mis medidas.

Por supuesto que no me refiero a las antropométricas, sino a las elementales —como Sherlock Holmes le diría al doctor Watson— para no ser fácilmente reconocido por aquellos que guardaban en su memoria la imagen del peligroso y moderno Jack el Destripador, cuya fotografía se habían encargado de publicar, «amablemente», todos los periódicos de la nación.

Creo que a partir de aquel momento empezaron a resultarme simpáticos The Beatles y su ola de fanáticos admiradores. ¿Qué mejor que pasar por un *beatnik* más, uno de los miles de excéntricos jóvenes repartidos por toda la geografía británica?

Una barba y bigote postizos, amén de una hermosísima peluca que me sentaba horrible, complementados con unas gafas de aquellas que por fuera relucían más que la plata sin permitir escrutar el color de los ojos del propietario, con indumentaria a base de un deshilachado jersey grueso y deslucidos pantalones de pana... hicieron de mí un John Grantley que se pegaba patadas y puñetazos con el Grantley que fuera *surintendent* del glorioso organismo llamado Scotland Yard.

¡Quién me lo hubiera dicho!

Claro que si me hubieran dicho todo lo que iba a sucederme en el lapso de unos días... ¡si me hubieran dicho el cambio radical que se iba a experimentar en mi formada y definida personalidad!

Bueno, así disfrazado y al volante del estupendo «Jensen» de Lili Leigh, puse proa a Birmingham diciéndome, con absoluta convicción, que iba a jugar la última mano de aquella partida cuyos naipes, en vez de figuras de póquer, tenían por imagen monstruosos ataúdes, hachas, asesinatos, cadáveres morbosamente mutilados... y el subconsciente.

Hice el viaje de una tirada deteniéndome tan sólo cuando me

obligó a ello alguna señal de tráfico, algún que otro paso a nivel y los embotellamientos de rigor.

Así pues, llegué a mi destino entrada la tarde del siguiente día.
Birmingham.

Capital del condado de Warwickshire, aunque algunos suburbios de la ciudad penetraban en los condados de Stafford y Worcester, era además, sin duda, la segunda capital de la Gran Bretaña. Y una de las urbes europeas donde existía una industria más diversificada. Aparte de todo esto, Birmingham, de orígenes antiquísimos, estaba embellecida por magníficos parques y jardines, realzada por maravillosos edificios en su mayor parte de los siglos XVII al XIX, contando en su Biblioteca Central con una colección shakesperiana mundialmente famosa.

Sí, lo que acabo de decir era, es, muy interesante para los turistas. Y yo era un turista muy extraño, circunstancial.

Manejando aquel fabuloso vehículo crucé la ciudad de norte a sur hasta internarme en uno de los suburbios que colindaban con el condado de Stafford. Busqué en un bolsillo de mi pantalón de pana el bloc en donde había anotado nombres y direcciones.

Mi primer objetivo: Wokingham Road, 35.

Frente a esa dirección me detuve. O mejor dicho, detuve el «Jensen».

Se trataba de una pequeña capilla protestante en la que me introduje observando los respetos debidos. Me tropecé con un muchacho que recorría a la inversa uno de los pasillos, había tres, uno central y dos laterales, haciéndole señas para que viniese a mi encuentro.

—Buenas tardes —saludó—. ¿Necesita algo, señor?

Le sonreí.

—Quisiera hablar con el pastor Olivier.

—Siga por este mismo pasillo hasta el fondo, tuerza a la derecha y en la segunda puerta de la izquierda encontrará al pastor Olivier.

—Muy amable, gracias.

Una vez frente a la puerta que me había indicado el muchacho, golpeé discretamente con los nudillos para, de inmediato, percibir un ahogado:

—¡Adelante!

Entré.

Era un despacho de reducidas proporciones, sin más mobiliario que una mesa, dos sillas, un paragüero y dos o tres cuadros, amén de las lógicas imágenes.

Tras la mesa se hallaba sentado un hombre de edad avanzada, frisaría ya los sesenta años, de aspecto bondadoso, ojos grises, cabellos canos y cuerpo menudo un tanto encogido por la cargada espalda. Pregunté:

—¿El pastor Leslie Olivier?

—Yo mismo —me sonrió—. ¿En qué puedo servirle? —agregando antes de que yo respondiera—: Pero, por favor, siéntese, siéntese.

Eso hice, murmurando:

—Le ruego me disculpe, pastor Olivier. Creo que voy a robarle un poco de su precioso tiempo, pero mi profesión me obliga de continuo a convertirme en un ladrón del tiempo ajeno.

—¿A qué se dedica, señor...?

—Powell —mentí con aplomo—. Alf Powell. Soy reporter sensacionalista del *The Daily Telegraph*. ¿Ha leído usted lo referente al crimen cometido recientemente en Londres?

—Sí, algo —musitó—. Aunque la verdad, no tengo costumbre de leer demasiados periódicos.

Pero dígame, señor Powell, ¿en qué puedo servirle?

—Verá, pastor, ese crimen horrible perpetrado en Londres me ha traído a la memoria otro de parecidas características que acaeció aquí, en Birmingham, hace unos tres años aproximadamente.

Buscando datos en la hemeroteca y el archivo de mi periódico he conseguido averiguar que usted casó a la víctima de aquel crimen horrible pocas fechas antes de que lo asesinaran.

Olivier, mirándome con sus penetrantes y bondadosos ojillos grises, me preguntó:

—¿Se está usted refiriendo al caso del matrimonio Coderch?

A punto estuve de lanzar un rugido de satisfacción. Pero logrando contenerme a tiempo y procurando dar la justa importancia que hubiese dado al hecho un periodista de verdad, musité:

—Exacto, pastor Olivier. Tiene usted una memoria excelente.

—No, no —rechazó con un ademán—, no lo crea. Todo lo contrario, tengo una memoria verdaderamente fatal. Lo que ocurre,

señor Powell, es que hay hechos de la vida que uno no olvida nunca por mala que sea su memoria. El caso Coderch es uno de esos hechos. Por dos razones, no lo he olvidado. Primero, es obvio, por la horrible muerte que recibió Alex Coderch. Segundo, por la circunstancia anecdótica de que el casar a Patricia Dixon y Alex Coderch me costó una fuerte discusión con el mejor de mis amigos.

—Y... ¿cómo fue eso?

—Verá —sonrió el bondadoso hombrecillo—. Ros Kane y yo, puede decirse que nos criamos juntos y que siempre hemos sido grandes amigos. Pero Ros tiene un defecto capital que en vano, durante años, he tratado de corregirle. Es... por decirlo de alguna manera, demasiado interesado. Lo antepone todo a los intereses de su negocio.

—¿A qué se dedica su amigo Kane?

—A la fotografía. Es fotógrafo profesional. La cosa, se lo explicaré, sucedió así: Ros, no con mi total aprobación, solía, y suele, colarse en la capilla con su cámara fotográfica cuando intuye... ¡y vaya intuición la suya!, que se celebra un matrimonio. Echa unas cuantas placas y después les lleva las fotografías a los novios. Cuando se casaron... cuando casé a Patricia Dixon y Alex Coderch, Ros, como de costumbre, les sacó un par o tres de fotos. Pero al ir a entregarlas, el matrimonio Coderch, con toda lógica y razón de su parte, le dijeron a Ros que ellos no le habían pedido que echase aquellas fotos y que no tenían por qué pagarlas. Kane se puso furioso... ¿y a qué no sabe lo que hizo?

Negué, agitando mi postiza cabellera.

—No.

—Pues vino en mi busca diciéndome que alguien tenía que abonarle el tiempo y material que había invertido en aquellas fotografías... y que ese alguien era yo.

—¡Absurdo!

—Eso mismo le dije. Pero él, excitado por la contrariedad que aquella pérdida significaba para su negocio o para su avaricia, me echó en cara que la culpa era mía por dejarle hacer fotografías en la iglesia.

—¿Y se quedó usted con los retratos del matrimonio Coderch?

El simpático y bondadoso pastor hizo un gesto harto elocuente.

—¡Naturalmente que no! Y ya no por el dinero que pudiesen

valer aquellos retratos, sino por escarmentar la ambición de Kane a riesgo de perder su amistad. Estuvo un tiempo sin venir por aquí y sin hablarme, pero al cabo de unos meses decidió que lo mejor era olvidarse y venir de nuevo por la capilla con su cámara fotográfica.

—Pues vaya... —murmuré, mirando al hombrecillo—, que es ésta una afortunada coincidencia.

—No le entiendo, señor Powell.

—Verá —me expliqué—, el principal objetivo de mi visita era obtener de usted la descripción física de los contrayentes Patricia Dixon y Alex Coderch...

—¡Huy...! —exclamó interrumpiéndome—. Eso sí que es difícil. No creo que exista en el mundo otra persona peor fisonomista que yo...

—Pero si su amigo el fotógrafo, por casualidad, conservase el negativo de esas fotos...

—Casualidad que me parece muy factible, señor Powell, porque Ros Kane tiene de ordenado todo lo que tiene de ambicioso. ¿Por qué no va a visitarle?

—¿Puede proporcionarme su dirección?

—Por supuesto. Además, le pillará bastante cerca de aquí. Mire, es en el...

En el 23 de Dorchester Street.

Una callejuela angosta, oscura y sucia, que formaba parte de uno de aquellos típicos y antiquísimos barrios británicos.

El 23 correspondía a un tienducho, ni a tienda llegaba, con paredes sucias y húmedas a causa de los perros y de los que no eran perros, con frontispicio de madera cristal, bastimento de la primera y fachada del secundo, que se repartían la porquería equitativamente. Lo que se dice como dos buenos hermanos.

En el tercio superior y sobre un rectángulo de madera forzando la vista, podía leerse el siguiente letrero: *Ros Kane. Photographer.*

Empujé la puerta sin dilación, escuchando el campanileo de un cascabel estridente y poco agradable.

De la trastienda, apartando unos mugrientos cortinajes que algún día debieron ser blancos, surgió la figura delgada, esquelética era más justo, de un hombre cuya edad corría pareja a la del pastor Olivier. Aunque un poco más alto que aquél y completamente más

calvo. Vi que sonreía como lo hubiese hecho un ratoncillo ante una enorme montaña de queso, interrogando en un esfuerzo por mostrarse amable, servicial:

—¿En qué puedo tener el placer de servirle, caballero? ¿Alguna fotografía...? ¡Oh, sí, claro!

Usted debe ser componente de uno de esos estupendos conjuntos musicales modernos, ¿verdad?

Entonces... ¿cómo no se ha traído la guitarra eléctrica? ¡Le aseguro que puedo hacerle una fotografía publicitaria excelente!

—Imagino que es usted Ros Kane, ¿no? —corté su verborrea. Cabeceó.

—Sí... sí... yo soy.

—Mi nombre es Alf Powell y soy reporter sensacionalista del periódico londinense *The Daily Telegraph*. El pastor Leslie Olivier me ha facilitado su dirección.

—¡Ah...! —exclamó con un atisbo de sorpresa—. Entonces... — Su expresión fue tan elocuente que comprendí que suponía perdido el negocio que en principio imaginaba obtener conmigo—, ¿qué desea, señor Powell?

Avancé unos pasos para situarme junto al pequeño mostrador tras el que permanecía Powell.

Sonriendo, repuse:

—Quiero darle doscientas libras esterlinas... si usted es todo lo ordenado que me ha asegurado el pastor Olivier.

Sus ojos de ratón asustado se dilataron al máximo. Balbució:

—Doscientas... ¡doscientas libras! ¿Ha dicho... doscientas libras? ¿He entendido bien?

—Ha entendido perfectamente, Kane.

—¡Dios santo! ¿De qué manicomio se ha escapado usted?

Lo miré mal y de través.

—Ahórrese los comentarios de mal gusto, si es que verdaderamente le interesa ese dinero...

—¡Oh, sí, claro, claro, perdóneme...! Yo, esto... yo he querido... es que...

—¿Quiere callarse y escucharme, Kane? —le pregunté en tono desabrido.

—Sí. Sí, señor.

—Bien. Hace tres años, el pastor Olivier unió en matrimonio a

una mujer llamada Patricia Dixon y un hombre llamado Alex Coderch. ¿Recuerda esa boda, Kane?

Se oscurecieron sus ojos de ratoncillo, al tiempo que exclamaba:

—¡Toma si lo recuerdo... ya lo creo que sí! Al marido lo asesinaron poco tiempo después golpeándolo brutalmente con el atizador de una chimenea hasta dejarlo irreconocible... pero me acuerdo también por otro detalle, para mi muy significativo.

—Ya, ya, conozco ese detalle significativo —dije con un matiz algo despectivo—. Los retratos, ¿no? Se negaron a aceptarlos.

—Sí, sí, eso hicieron. Negarse. ¡Con unas fotos tan maravillosas que les había sacado!

—Pues... —Hice una pequeña e intencionada pausa para que Ros Kane se impusiera bien de lo que iba a decirle a continuación —, de que usted haya conservado los negativos de esas fotografías depende el que se embolse doscientas libras esterlinas.

No sé si me lo pareció a mí o que en realidad el esquelético retratista dio un salto que le hizo estrellar la cabeza pelada contra el techo no menos pelado. Mientras gritaba con genuino y avaricioso júbilo:

—¡Naturalmente que los tengo! ¡Guardo por orden cronológico los clichés de los últimos cinco años! ¡Está usted de suerte, señor Powell!

—¿Yo... o usted? —inquirí, diciéndome para mis adentros que era yo, yo, el que estaba de una suerte como no había confiado estar. Y antes de que él respondiese, agregué—: Kane, necesito el urgente revelado de esos clichés. ¿Cuánto tardará?

—Bueno... —Miró el arcaico reloj de bolsillo, dudó unos instantes y dijo—: Bueno... calculo que algo más de media hora.

—Bien. ¿Qué está entonces esperando para empezar? Yo le aguardaré aquí, pacientemente, contando las... —Le mostré, para excitar su codicia y estimular su rapidez, un montoncito de billetes arrugados.

—¡Voy, voy al laboratorio! Usted... siéntese, siéntese ahí.

Y señalaba un taburete pringoso situado en la izquierda, junto a la puerta de entrada.

Esperé de pie. Envuelto en los alucinantes pensamientos que rodeaban mi existencia, pero vigilando a la vez el tiempo. Ros Kane tardó exactamente veintiocho minutos en regresar. Agitando entre

los dedos de la mano derecha tres húmedas y brillantes cartulinas.

Un nudo de saliva se apelotonó en mi garganta.

—¡Mire, mire, señor Powell! ¡Cuando yo le he dicho que les saqué unas placas maravillosas!

¡Mire, mire...!

Me puso los retratos debajo mismo de las narices.

Por espacio de varios segundos me quedé sin respiración. Hasta creí que mi corazón había dejado de latir. Porque aunque lo suponía, aunque lo deseaba con el anhelo que se desea la medicina que ha de salvarnos de una muerte cierta, aunque estaba seguro de que tenía que ser...

Miré al matrimonio de las fotografías con sorpresa, más que eso, con estupefacción. Que, en el fondo, eran provocadas por la enorme alegría que se adueñaba de todo mi ser.

Porque Patricia Dixon y Alex Coderch... eran Sandra y Reginald Matheson.

Ros Kane interpretó mal mi silencio.

—¡Eh...! ¿Acaso no le gustan?

Al cabo de un larguísimo minuto, con voz ronca, respondí:

—Son las fotografías más extraordinarias que he visto en toda mi vida. Se ha ganado usted las doscientas libras, Kane.

La última gestión que me quedaba por realizar en Birmingham.

En un edificio de modernísima línea, cuya construcción databa de fecha reciente.

Máximo, de cinco años atrás.

Las tres cuartas partes estaban convertidas en oficinas de distintas empresas, y a una de esas oficinas me dirigí yo.

Planta séptima. Puerta cuarta.

No era necesario llamar puesto que un rótulo en negro, bajo una chapa de cristal muy transparente, invitaba a: Empujar.

Era un amplio vestíbulo dividido en dos partes casi iguales por un mostrador ancho y brillante, reluciente, que corría de un extremo a otro de la estancia. En la parte interior del mostrador se veían bastantes mesas, numeroso personal, máquinas de escribir y calcular, teléfonos y la febril actividad, en general, que reinaba en todos los departamentos administrativos. Al fondo, en el tercio inferior, se veían tres ventanillas que ostentaban, por este orden, los siguientes letreros: Información. Caja.

Secretaría.

Fui a la primera y de ésta me enviaron a la última.

Me atendió una simpática y sugestiva pelirroja que durante varios minutos prestó absoluta atención a mis palabras.

Luego, dijo:

—Me parece, señor Powell, que resultará difícil poder complacerle. No obstante, aguarde unos minutos mientras consulto con mis superiores.

—Bien, gracias.

Esperé. Consultó con sus superiores. Y al regresar, sonriente, me dijo:

—Ha tenido suerte, señor Powell. Por lo visto, los periodistas siguen impresionando lo suyo.

Siéntese, que vamos a prepararle esa fotocopia.

Respiré. Respiré cómo hacía horas que no respiraba.

Anocheía.

Cuando puse las manos sobre el volante del «Jensen», dispuesto a emprender el regreso a Londres, ya las primeras sombras de la noche empezaban a difuminarse por el cielo de Birmingham.

El resultado de mi fugaz viaje había sido muchísimo más halagüeño de lo que remotamente hubiera imaginado.

Tanto, que podía afirmar con toda seguridad que tenía el caso resuelto.

—Siga con las manos en el volante y no haga tonterías, Grantley —dijo de súbito una voz que surgía de la oscuridad del asiento posterior, acompañando sus palabras con el hurgar entre mi melena de un objeto duro, cilíndrico, frío, que se empotró ominosamente contra mi nuca.

No.

Ya no podía afirmar con tanta seguridad que tenía el caso resuelto.

¡Vaya! ¿De qué me había servido la cabellera, el bigote, la barba, el jersey, los pantalones... mi facha de sofisticado *beatnik*?

Empecé por obedecer como prudentemente aconsejaba el cañón de la pistola que se hundía en mi cogote. Las manos en el volante, inmóvil, pregunté:

—¿De dónde ha sacado que me llamo Grantley, amigo? Creo que

se confunde usted de persona.

Escuché una risita seca. Burlona y sádica al mismo tiempo.

—No haga el idiota, Grantley. Se empieza en broma y suele acabarse en serio, ¿sabe?

—Sé. De acuerdo. Soy John Grantley. ¿Y ahora?

—Ahora —me respondió aquella voz entre burlona y sádica—, ponga el auto en marcha... sin hacer más movimientos de los que se deben para poner un vehículo en funcionamiento. Entienda bien y sin dudas, Grantley, que sólo espero que me dé una oportunidad para apretar el gatillo.

—Sus persuasivos atributos son de lo más convincentes que se pueda exigir. Y una vez haya puesto el auto en marcha con los justos movimientos... —Estaba tratando de aparentar una serenidad que no sentía ni muchísimo menos, puesto que la situación era difícilísima. Aquel tipo podía atravesarme la cabeza de un balazo antes de que tuviera tiempo de pestañear—, ¿qué?

—Diríjase a la general de Northampton y tome luego el desvío hacia Wellingborough. Todo eso, Grantley, sin que la aguja del cuentamillas rebase en ningún momento el número 60.

La obediencia total y absoluta era mi sino.

Carretera de Northampton, desvío a Wellingborough, aguja del cuentamillas por debajo del 60...

—Vire a la izquierda —me ordenaron cuando ya circulábamos por el desvío, aumentando la presión que el cañón de la automática ejercía contra mi nuca—, por ese camino vecinal.

Obedecí.

Sendero tortuoso que avanzaba hacia un bosque oscuro, desértico, donde no brillaba una luz ni se intuía el rastro de presencia humana.

—Deténgase. Cierre el contacto y baje del coche manteniendo las manos bien alejadas del cuerpo.

Así lo hice.

Y mi captor bajó también. Pude verle ahora, frente a mí, pero su rostro no me resultó familiar ni tan siquiera conocido. No tenía aspecto de gorila. Su apariencia era la de un hombre normal y corriente si se exceptuaba su rictus homicida, su expresión de profesional del gatillo.

—Vaya despojándose de los postizos, *exsurintendent*. Pero no

me equivoque los movimientos, ¿eh?

Y tan «eh». Y cuando hube terminado, me preguntó:

—¿Qué ha venido a buscar a Birmingham?

La interrogación me sorprendió en parte. Era obvio que aquel tipo había sido contratado para asesinarme. Entonces, ¿qué podía importar lo que yo hubiese ido a buscar a Birmingham?

La realidad, la urgente realidad, era salir con vida de aquel trance crucial. Porque morir cuando rozaba el triunfo con la yema de los dedos resultaba doblemente desesperante. Mi única posibilidad, o así lo supuse, estribaba en provocar la excitación y el nerviosismo en el encargado de «liquidarme».

Por eso le contesté:

—Una bicicleta. Comprándola directamente al fabricante me ahorro un buen pico, ¿sabe?

¡Abuelita es tan aficionada al ciclismo! Mañana cumple ciento tres años y...

—¡Basta de imbecilidades, Grantley! Usted ha venido por unas fotografías y por la fotocopia de una póliza. ¿Dónde lo tiene todo?

—Amigo... si sabe tanto, ¿por qué pregunta?

—Porque quiero los retratos y la fotocopia antes de matarlo.

—Creo, de veras, que el imbécil aquí es usted. Dice que va a matarme y espera que le diga dónde he escondido esas...

—¡Basta, Grantley! Responda... o aprieto el gatillo.

Me encogí de hombros.

—Apriete el gatillo y busque luego lo que «necesita».

Avanzó un par de pasos y yo sentí que una tremenda alegría rugía dentro de mi pecho, al mismo tiempo que todos mis músculos y nervios se tensaban al máximo.

Ya había conseguido excitarlo.

—Grantley... —Masticó, apretando los dientes, deteniéndose unas cinco yardas por delante—, no se lo preguntaré más, ¿dónde ha escondido esas pruebas?

Le sonreí burlonamente en un alarde de temeridad que bien podía ser el último de mi vida.

—Lo siento. Máteme. Luego dispondrá de todo el tiempo que quiera para buscar esas pruebas.

—¡Hijo de perra! —barbotó, dando dos nuevos pasos—. ¡Ahora verás!

Calculé en fracciones de segundo la distancia que nos separaba. Era el momento exacto. Si perdía una décima... lo habría perdido todo.

De repente, salté. Hacia adelante. En plongeón. Con ambos brazos extendidos. Pillándolo por completo de sorpresa.

Rodamos sobre el abrupto suelo tratando con igual interés de golpearlos... de apretar el gatillo él y de impedir que yo lo hiciera.

¡Bang! ¡Bang!

Los dos disparos restallaron sucesivamente atronando con estrepitoso eco el silencio que nos rodeaba. Un proyectil tras otro, aletearon a centímetros de mi sien, barriéndola su cálido vientecillo de muerte.

Jadeábamos.

El, contrariado por el fallo, estalló en groseras y obscenas maldiciones.

Mi zurda estaba engarfiada alrededor de su muñeca derecha haciendo un titánico esfuerzo para evitar que afinase la puntería en el tercer disparo, intentando retorcérsela...

Concentrado en ese esfuerzo descuidé los demás medios de ataque de mi antagonista quien, dándose cuenta, me empotró la rodilla en el bajo vientre.

Solté un aullido de dolor, a la vez que soltaba su muñeca y me revolcaba en tierra sintiendo estertores verdaderamente agónicos.

Dispuso del tiempo necesario para recobrar la vertical y disponerse con toda seguridad y garantía para efectuar el definitivo disparo sobre mi cuerpo que, convertido en una especie de ocho, seguía retorciéndose entre latigazos de lacerante dolor.

Lo comprendí, pese a todo. Comprendí que si aquel asesino apretaba el gatillo mi dolor terminaría... todos mis dolores terminarían para siempre. Más ahora, no estaba en condiciones de recurrir al apoyo de mis facultades y elasticidad, considerablemente mermadas por el bajo y traidor golpe.

Hice lo único que podía hacer.

Una posibilidad remota que quizá no me valdría de nada.

Cogí un puñado de tierra y se lo lancé al rostro, más que con fuerza, con rabia.

De lleno. Acerté de lleno. Porque al instante oí su bramido.

—¡Cerdo, mal nacido...!

Se había llevado las manos a la cara, frotándose los ojos con desesperación.

No.

No lo pensé ni un segundo. Desde el suelo, convertido en un ocho, doblgado por aquel dolor intenso y agónico, hundí la diestra en el bolsillo del pantalón, cerré los dedos en torno a la culata de la «*Parabellum*» que allí llevaba, y en una de las mismas contorsiones que efectuaba disparé... disparé dos, tres, no sé cuántas veces, a través de la pana.

Lo vi saltar en el aire. Más que salto fue un brinco hacia la derecha. Y antes de llegar a tierra se retorció al compás de los balazos en danza macabra, mortal.

Supuse que estaba muerto por su inmovilidad en tierra, pero no me ocupé de constatarlo.

Arrastrándome, reptando torpemente, llegué hasta el coche y me introduje en él como una serpiente.

Luego, despacio, me fui alzando en el asiento para, en un terrible esfuerzo para dominar el dolor, poner el vehículo en marcha y conducir prácticamente tirado encima del tablier, sin visibilidad y pisando el acelerador con empuje suicida.

Repitiéndome sin cesar una frase que llegó a convertirse en un martillo contra el yunque de mis sienes: No puedo morir ahora... No puedo morir ahora... No puedo morir ahora... No puedo morir ahora...

No puedo morir ahora...

CAPÍTULO V

Lili disco el número que yo le había apuntado en la cuartilla de papel.

Esperó a que descolgasen y preguntó por un nombre.

Pasaron dos minutos hasta que la oí decir:

—Escuche con atención y no me interrumpa. Tengo las pruebas suficientes y necesarias para llevarlo de la mano a la horca. Las pruebas que John Grantley obtuvo en Birmingham antes de que sus asesinos a sueldo lo mataran. Soy una mujer práctica... —Hizo una leve pausa—. ¡Oh, no, no se alarme! No pienso avisar a Scotland Yard. Por eso le estaba diciendo que soy una mujer práctica.

Prefiero que usted y yo nos reunamos esta noche, a las doce en punto, en el que fue castillo de los Matheson. ¡Ah...!, pero como principio, le aconsejo que se presente con diez mil libras esterlinas en billetes usados y de diferentes importes. Ahora bien, le voy a hacer una advertencia: Si tergiversa mis instrucciones le espera la horca. ¡Hasta las doce!

Colgó. Y se vino hacía mis brazos con una vehemencia sencillamente encantadora.

—¡John... John!

Nos unió un beso.

Luego, tras mirarnos a los ojos en silencio, le dije:

—Sobre las ocho, telefoneas al Yard y pides que te comuniquen directamente con el *surintendent* Lonsdale Renshaw. ¿Tienes alguna duda con respecto a lo que has de decirle?

—En absoluto, John. Pero... ¿estás seguro de que en lugar de ir al castillo preferirán intentarlo en mi propia casa?

—Estoy seguro... y lo temo. Sé que estarás protegida, pero la idea de jugar con tu vida, de utilizarte como cebo... me atormenta.

Antes de que pudiera pronunciar otra palabra selló mis labios con los suyos.

Aún faltaban muchas horas para que el cielo londinense oscureciera, muchas horas en las que podía intentarse olvidar el horror.

—¿John...?

—¿Sí...?

—Te quiero...

—Y yo...

Amor y horror podían confundirse por su parecida fonética, pero... ¡sonaban en realidad tan diferentes!

Olvidar...

CAPÍTULO VI

Percibí el roce.

Escuché el siseo.

Y tuve que dominarme para no saltar de alegría.

Porque hasta a mí mismo se me hacía imposible creer que una trampa tan sencilla, infantil, ingenua, hubiese atraído a aquellos monstruos de excepcional y diabólica inteligencia.

Luego, al cabo de pocos segundos, desde el observatorio que previamente me había dispuesto, capté las figuras que se movían dentro de aquel círculo de rojiza luz fosforescente.

Una de las figuras... la que blandía el enorme hacha, fue abriendo lentamente la puerta que daba al despacho de Lili Leigh.

Y la otra figura, cuando la puerta estuvo abiertas de par en par, desgranó... con aquella voz para mí tan conocida, con aquella voz obsesiva, cálida, encendida:

—Buenas noches, Lili. He venido a traerte diez mil libras... Diez mil hachazos que triturarán tu cabeza. Mira... mira mis ojos y di que no te moverás... Que no te moverás... Que ahí sentada aguardarás a que el hacha destroce, triture tu cabeza... ¡¡Dilo!!

Unos instantes de horrible tensión hasta que llegó a mis oídos la voz de Lili, murmurando:

—Sí... no me moveré, aguardaré aquí sentada a que el hacha destroce, triture mi cabeza...

Y ahora, la otra figura, empezó a caminar hacia el interior del despacho alzando, lenta, despaciosa, morbosamente, el hacha de filo azulado y asesino.

—Vas a morir, Lili... Sigue mirando mis ojos unos segundos más y no pienses en otra cosa que no sea tu muerte, tu cabeza destrozada... ¡Sigue mirándome!

El hacha ya estaba en lo alto.

En lo alto.

Iba a desaparecer de mi campo visual.

Fue entonces cuando llegó el momento esperado.

Deseado.

Anhelado.

Abandoné mi escondite, inundé de luz el *living*, avancé unos pasos, grité:

—¡Quieto...! ¡Quieto o disparo!

Ella, Sandra, la pérfida *lady* Matheson, se revolvió primero, como una fiera, en busca de mis ojos... encontrándose con que los protegían unas gafas de cristal plateado.

—¡Perro... hijo de hiena! —rugió.

Cuando ya él, a su vez, se revolvía.

—¡Toma de una vez, bastardo!

Pudo tirar la exclamación de labios afuera, pero no el hacha como pretendía. No, esta vez no pudo tirarme el hacha.

Porque esta vez, sin dudarle, sin compasión, con una frialdad que nunca había experimentado, oprimí el gatillo de la «*Parabellum*» dos veces consecutivas.

Se detuvo. En seco. Como si unas manos invisibles tirasen de él hacia atrás. De sus dedos sin fuerza escapó aquel horrible arma que tanto prodigaba. Y también su cuerpo, con dos orificios sangrantes en mitad del pecho, dejó escapar la vida.

De bruces. Muerto. Encima del hacha.

Como la primera vez.

—Vale más que no te muevas, serpiente —la encañoné con rectitud—. El juego ha terminado. Y ahora... no vas a dominar el subconsciente de nadie.

—Desde luego —me apoyó Lili, con unas gafas igual que las mías, empuñando con decisión su revólver de calibre 38.

Ella, Sandra, estaba inmóvil. Rígida. Pétreo. Con aquel traje recubierto de una sustancia fosforescente que le prestaba a su cuerpo la infernal luminosidad, amén de recortarlo con toda la fuerza de sus encantos exhaustivos, animales.

—Todavía no has ganado, Grantley —dijo, masticando cada letra con un sadismo estremecedor.

—¿De veras? —me burlé.

—¡De veras, John Grantley! —estalló una voz a mi espalda, al tiempo que una pistola se aplastaba contra ella. Y agregó—: ¡Suelte

la «*Parabellum*»! —Y añadió—: ¡Suelte también usted el revólver, Lili Leigh! ¡O mato ahora mismo a Grantley!

La detective podía jugar la misma baza que el que me encañonaba con Sandra. Pero, segura de que el nuevo personaje dispararía sobre mí a riesgo de que ella lo hiciese con la otra, optó por tirar su 38 al suelo.

—¡No se muevan...! —insistió la voz. Para añadir—: Despójense ambos de las gafas.

Lo esperaba. Yo lo esperaba. Iban a efectuar de nuevo juego de hipnosis sobre el subconsciente mío y el de Lili, posiblemente para obligarnos a que nos matáramos el uno al otro.

Ni un segundo tardó en ser confirmada mi suposición. Así:

—Será maravillosamente magnífico... ver a dos enamorados asesinarse. Porque ustedes están muy enamorados, ¿verdad?

Fui yo quien le respondí:

—Desde luego. Es lo único que tengo que agradecerle... doctor en siquiatría Bernard Anslinger.

Porque ella es el ser maravilloso que faltaba en mi vida y que ha entrado... gracias a que usted me eligió como víctima propiciatoria de sus diabólicos proyectos, otrora culminados con éxito.

—¡Ja, ja, ja, ja! —rió sardónico a mi espalda el médico, el horrible monstruo de jovial apariencia que manejaba los hilos de aquella comedia satánica—. Los proyectos de Bernard Anslinger y... de su hermana Sandra Anslinger, siempre se culminan con éxito. Pero, antes de prepararle para matar a su adorada Lili Leigh, dígame una cosa, Grantley: ¿Qué le hizo sospechar de mí?

Comprendiendo que precisamente nuestra salvación estribaba en el hecho de prolongar al máximo las explicaciones, respondí, con matiz de claro desprecio:

—El garrafal error que cometió, doctor, al contratar los servicios de Eirik Sadell por medio de Lawrence Howard, haciendo que enviaran un asesino a esta misma casa. Sólo usted sabía que yo me encontraba aquí, porque acababa de decírselo por teléfono. Sólo usted podía tener interés en que fuese asesinada la detective que, para cubrir las apariencias, había contratado. Conozco toda la historia, doctor Bernard Anslinger... Toda.

—No le suponía tan inteligente, Grantley. Y tampoco creo que sepa tanto como dice.

—¿De veras? —interrogué burlón.

La pérfida Sandra, entretanto, habíase inclinado a recoger el revólver de Lili y con él la encañonaba.

—Veámoslo —me invitó Anslinger, cayendo en la segunda trampa que le tendía.

—Lawrence Howard, eminente falsificador, inigualable, según Eirik Sadell, se encargó de redactar los documentos necesarios para que «nacieran» Gladys Mayrand y Phillips Fothergil quienes, pocos meses atrás, contrajeron matrimonio en una localidad vecina a Londres comprando seguidamente al último y arruinado descendiente de los Matheson su viejo y deshabitado castillo.

Phillips Fothergil, nada más casarse, suscribió una póliza de seguro de vida por valor de medio millón de libras esterlinas, seguro del que a su muerte era beneficiaría la viuda. Hecho todo esto, se necesitaban dos víctimas propiciatorias: Asesino y asesinado. Y yo, del que usted se acordó providencialmente, fui elegido para asesino. Yo, un hombre ávido de actividad, un hombre que esperaba la menor coyuntura para huir del anquilosamiento espiritual y físico en que me había hundido... ¿cómo iba a negarme a ayudar a la cliente del doctor Anslinger, a protegerla contra las obsesiones monomaníacas de un marido sesentón que en uno de sus accesos podía destrozarla a hachazos? En cuanto a la otra víctima, un pobre desgraciado al que se engañó fácilmente con unos cuantos billetes... Quizá, ¿un viejo actor retirado?

—¡Exacto, exacto! —Aplaudió a mi espalda, con satánico regocijo, Anslinger.

—Un viejo actor que bajo estado de hipnosis sería caracterizado a semejanza del falso lord Matheson que yo conocía... —proseguí —, un pobre hombre al que habría de matar, también bajo influjos magnéticos, para que luego la viuda de Fothergil cobrara el seguro de vida. ¿Y quién podría demostrar que aquel cuerpo triturado no era en realidad el de un Phillips Fothergil, que aún falso, tenía los papeles en regla y un magnífico seguro de vida? Nadie. Si su esposa lo testificaba, si se comprobaba que se habían casado en la fecha anotada en el certificado que ella exhibía, si se verificaba que el título de propiedad del castillo donde vivían era legal... ¿quién iba a sospechar tan terrible maquinación? Nadie. A pesar de los esfuerzos del noble doctor Bernard Anslinger por convencer al Yard

de que tanto él como su exmiembro habían sido víctimas de una trampa. No, Scotland Yard sólo vería en eso el interés profesional de un médico siquiatra por salvar a un perturbado de la horca. ¡Magnífico, maravilloso, sensacional proyecto! Pero algo falló en sus cálculos, doctor.

—¡No me diga! —se regocijó con sadismo—. ¿Y cuál ha sido el fallo, Sherlock Holmes?

—Sencillo. Él que los poderes magnéticos que esa víbora baraja con sus encantos para llegar al dominio del subconsciente por medio de sus ojos negros y brillantes, de su voz cálida y persuasiva, provocando después un vacío amnésico en el consciente... los anuló el destino con respecto a mí cuando, en el archivo del edificio del Quai Victoria, al caer, me golpeé fuertemente la cabeza.

Sobrevino la lucidez, la clara y total comprensión. E incluso, el perfecto funcionamiento de las células cerebrales de quien ha sido policía... recordando un hecho idéntico acaecido en Birmingham tres años atrás. Patricia Dixon, viuda al poco tiempo de contraer matrimonio, por muerte violenta de su esposo Alex Coderch a manos de un maníaco sexual que le destrozó cara y cabeza con el atizador de una chimenea hasta dejarlo irreconocible. Patricia Dixon identificó, es obvio, el machacado cadáver de su esposo. Y al día siguiente... cobró el seguro de vida suscrito por Alex Coderch, cuyo importe era de medio millón de libras esterlinas. Doctor Anslinger, gracias a un simpático pastor, a un ambicioso fotógrafo, y a una amable entidad de seguros... tengo, como usted ya sabe, una fotocopia de aquella póliza y tres retratos de la boda de Patricia Dixon y Alex Coderch. Las fotografías demuestran con meridiana claridad que los contrayentes, uno de ellos muerto, son los mismos que yo conocí por lord y *lady* Matheson. La firma de la póliza, comparada con la que hay estampada al pie de la suscrita por Phillips Fothergil, demuestra que pertenecen a la misma persona... —señalé el cadáver volcado sobre el hacha con un gesto de cabeza —, a «ése».

—«Ése»... —le oí hablar al médico con más sadismo todavía—, era mi hermano mayor Peter Anslinger.

—¡Vaya! —solté una carcajada—. ¡Lo que se dice un plan familiar! Y productivo, ¿eh? A medio millón de libras por representación. Pero esta vez, todo ha salido mal, doctor. Hasta sus

maquiavelismos han fracasado. Incluido el plan que me prepararon en casa de Howard al comprender que tras interrogar a Eirik Sadell haría lo propio con el falsificador y tapadera de la empresa. Y fallaron también los asesinos a sueldo. Lo único que no ha fallado ha sido la única trampa que yo le he tendido a usted... sin necesidad de dominar su subconsciente por sistemas magnéticos que mis ojos no poseen, sin necesidad de hachas, sin necesidad de vestirme con recubiertas fosforescentes. Simplemente, con una llamada telefónica... y con la cinta del magnetofón que está registrando todas las palabras que aquí se pronuncian.

—¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja! ¿Y de qué va a servirle la cinta magnetofónica, *exsurintendant* John Grantley?

Antes de que yo respondiera intervino aquella mujer de poderes diabólicos, exclamando:

—¡Basta ya, Bernard! Has oído que lo sabe todo, ¿no? ¡Pues acabemos de una vez con ellos!

Luego habrá que buscar ese magnetofón.

—Lo tengo yo... —habló una voz seca, conminatoria, por detrás de todos nosotros.

Bernard Anslinger, como una fiera, se revolvió.

Y yo también. Hundiendo mi diestra en el bolsillo para atrapar la «Browing» 6'35 que Lili me dejara antes de preparar la trampa.

Todos tenían las armas empuñadas.

Todos.

Y fui yo, sin embargo, el primero en disparar. Porque era el que más necesidad, el que más ansias tenía de hacerlo... el que anhelaba matar a aquel dúo de monstruos.

A Bernard Anslinger le metí dos balazos en el riñón.

No le vi caer porque yo estaba rodando en tierra y disparando de nuevo contra la mujer.

A Sandra Anslinger le atravesé la garganta por dos veces, con dos proyectiles, y produciendo ambos un solo orificio.

Debí permanecer mucho tiempo con los ojos fijos, como si de nuevo me hubiesen hipnotizado, en dos cadáveres, tres... en tres personas con el alma vendida a Satanás y la ambición comprada a Mefistófeles.

Sandra, Bernard, Peter... los tres Anslinger.

Los tres muertos.

Como viniendo de muy lejos, de otro mundo, oí que alguien me preguntaba:

—¿Supones que podía imaginarte autor de la monstruosidad de que se te acusaba? Era imposible creerlo, John. En ti, menos que en nadie. Por eso te hice llevar al archivo... por eso te dije que escaparas sin decírtelo. Luego, libre de movimientos, perseguido en teoría, no me quedaba la menor duda de que esclarecerías el monstruoso proyecto en que te habían involucrado.

Era Lonsdale Renshaw. Le miré. Dije:

—Gracias, Lonsdale. Gracias también a que la ley no condena al subconsciente homicida.

—Pero Dios premia al consciente justo y honrado, John.

Era ella. Era Lili.

La recogí entre mis brazos y nos fundimos en un beso largo, interminable, apasionado, que ni las discretas tosecitas y carraspeos de Lonsdale Renshaw lograron truncar.

—Cuánto ha cambiado este John... —murmuró el *surintendent* alejándose, y empezando a dar instrucciones a sus hombres.

Sí, era verdad, había cambiado.

Yo, John Grantley, era otro John Grantley.

El que se casó tres días después con Lili Leigh.

Y Lili, cuando al llegar a nuestro nuevo hogar me oyó decir lo que dije, furiosa, encendida, se abalanzó sobre mí, gritando:

—¡Jamás consentiré que te hagas un seguro de vida!

Sonreí.

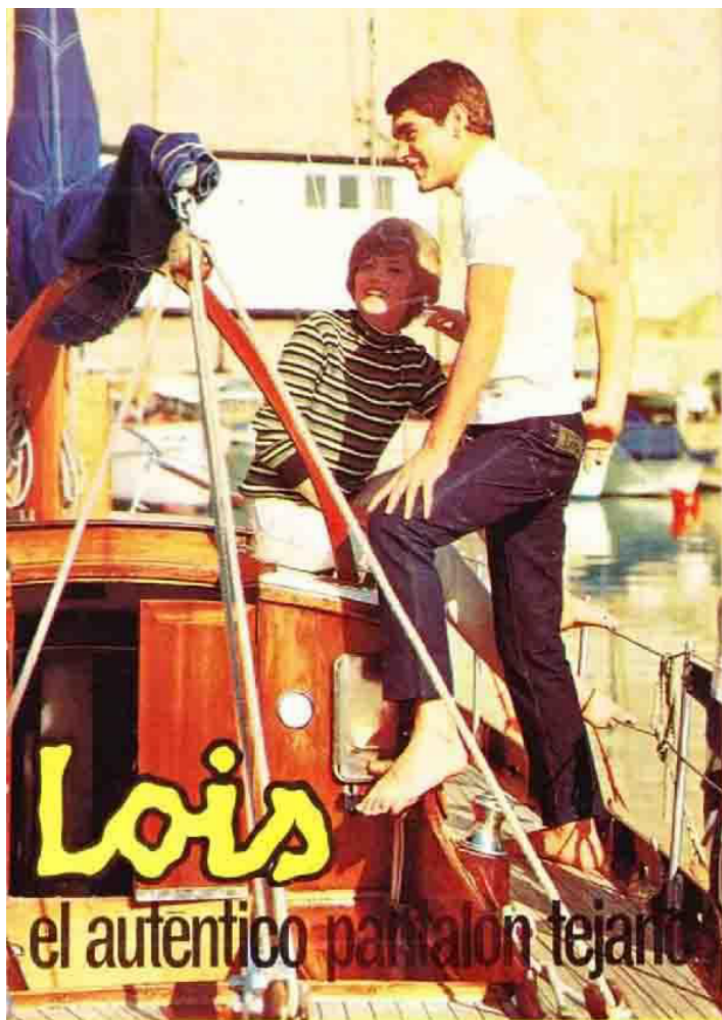
—¿Y qué te bese...?

Lo de siempre.

Empezó por consentir que la besara y...

Y a buscar las tres letras que ahora mismo pongo aquí debajo...

FIN



Lois

el autentico pañalon tejano



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

MORA LA NUEVA, 2 BARCELONA (ESPAÑA)

Impreso en España - Printed in Spain

PRECIO EN ESPAÑA: 9 ptas.

